

# LAS MISIONES CATÓLICAS



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

DE LA

OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

CON LICENCIA ECLESIASTICA



**TOMO IV**



BARCELONA

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

1896





## A NUESTROS LECTORES



NUESTRA con el presente número nuestra humilde publicación *Las Misiones Católicas* en su tomo IV, y entra con más decidido propósito que nunca á llevar adelante una empresa difícil y costosa, pero que cada día se acredita, en el ánimo de todos los buenos, de trascendental y provechosísima.

Cada vez, en efecto, se aprecia más por nuestro público la importancia de ese relato constante de los progresos de la fe cristiana en todos los países del globo; esta certificación auténtica, como basada en hechos, de la vitalidad de la Iglesia católica y de su siempre exuberante fecundidad para allegar de continuo nuevos países y nuevos pueblos al hermoso redil de Jesucristo.

Es la historia contemporánea de las *Misiones* un argumento y un consuelo, ambos poderosísimos, y en nuestros días de incalculable valor.

Es un argumento con que el buen católico puede á cada hora responder á la impiedad orgullosa, que está profetizando para plazos que ¡gracias á Dios! nunca se han cumplido ni han jamás de cumplirse, la desaparición del Catolicismo y la nueva era de la incredulidad universal. Al solícito enterrador de la Iglesia puede echársele en rostro para su confusión esta constante y vigorosa fe de vida, que sólo el Catolicismo puede exhibir; sellada con los sudores y sangre de cotidianos mártires que saben morir por ella como en los primeros siglos; atestiguada por el mismo odio y rencorosa saña de los perseguidores; puesta en evidencia en los nuevos y cada día más brillantes ejemplos de fortaleza y heroica virilidad que dan en sus respectivas cristiandades los nuevos adeptos. Como aquel filósofo que probaba la realidad del movimiento echando á andar delante de su adversario que lo negaba, así la Iglesia prueba su vitalidad viviendo y su fecundidad dando continuamente á luz nuevos hijos, como árbol siempre podado y siempre renaciente con espléndida lozanía de nuevos brotes y flores y frutos.

Lo cual es á la par suavísimo consuelo para el alma apenada por el espectáculo de los alardes de oficial impiedad y descreimiento que tan á menudo entristecen nuestro corazón en la Europa de nuestros días. Consolábase Santa Teresa de las pérdidas de la Religión en Alemania é Inglaterra en el siglo de Lutero, viendo las numerosas Casas de su Orden Descalza que en España se multiplicaban; así podemos nosotros alentar nuestro corazón ante las desventuras de nuestros tiempos miserabilísimos, contemplando las be-



llas compensaciones con que el celo de los misioneros católicos indemniza cada día al gran Padre de familias de las pérdidas con que afligen su Sacratísimo Corazón hijos rebeldes y desamorados. Almas se pierden acá para Dios; pero almas se ganan en otras partes á millares para El y para el cielo. Allí nos tomamos hermoso desquite de lo que aquí destruye y asuela en sus horas de infernal predominio la negra Masonería.

Lean todo esto nuestros amigos en la interesante publicación que para este efecto puede ser en sus hogares, á la vez que de recreo por su amenidad, de instrucción y aliento por las antedichas razones. Y hagan todos los buenos algo por ayudarnos en su provincia, comarca ó localidad, para el fomento de una obra en que no solamente está interesada la ilustración de nuestros abonados, sino el mismo auxilio material que con ella se presta, por medio de la colecta de limosnas en todo el mundo, á las mil y mil necesidades de las nuevas cristiandades y de sus apostólicos fundadores.

Obra tan grata como ésta á Dios Nuestro Señor puede ciertamente haberla; que haya otra que más lo sea puede bien ponerse en duda.

LA REDACCIÓN.

## CORRESPONDENCIA

### RUSIA ASIÁTICA

*Vida de un sacerdote en la Siberia*

El P. M. G. Herbert escribe la siguiente interesante relación:

#### I

Es tanto lo que se ha escrito en estos últimos años acerca de la Siberia, y tantos son los exploradores que han visitado aquel país, que será casi superfluo el detenerse á describir las condiciones geográficas de aquella vasta porción del imperio ruso. Una cosa hay, sin embargo, acerca de la cual gran parte de las gentes no han llegado á formarse cabal idea, y es la gran extensión de aquella comarca. Cada una de sus provincias es mayor que el mayor de los reinos de Europa. La provincia de Jackuck es quince veces más grande que toda la Gran Bretaña; la de Tobolsk casi dos veces más extensa que Francia; lo mismo puede decirse de la de Tomsk con respecto al imperio alemán, y así sucesivamente. Por estas dilatadas provincias hay esparcidos de 30 á 40,000 católicos, la mayor parte polacos, y para atender á las necesidades espirituales de esta pobre gente sólo hay 11 sacerdotes que están bajo la jurisdicción del Obispo de Mohylewski, que reside en San Petersburgo, ciudad situada á 1,400 kilómetros de distancia próximamente. Las parroquias son enormes en extensión; la de Tomsk, por ejemplo, ocupa un área de 40,000 kilómetros cuadrados; Krackno Jarsk, 50,000: por estas cifras se echa de ver con qué dificultades tienen que luchar los misioneros en su trabajo. Por muchos años tuvieron los Jesuitas á su cargo estas Misiones, pero en 1820, cuando su dispersión, quedó confiado el cuidado de las almas á otros sacerdotes, seculares unos y regulares otros, de cuyos heroicos trabajos se hace memoria en la historia de lo que llama Boghdan Zalewski *la Tebaida Polaca*. Si los polacos han sido las primeras avanzadas de la civilización en Siberia, sus santos y piadosos sacerdotes

han llevado la antorcha de la fe hasta las playas mismas del Pacífico, mereciendo el título de apóstoles de aquel vasto continente. Entre estos celosos operarios de la viña del Señor, uno de los más admirables por su valor, celo y abnegación es el P. Valeriano Gromadski, de cuya vida y aventuras vamos á dar una breve noticia. Nació en Gitomir, donde su madre vive todavía, y desde sus más tiernos años se inclinó á la carrera eclesiástica. Hechos sus estudios y ordenado de sacerdote fué señalado para el curato de Harochow, en Wohlynia. Allí, por una causa ú otra vino á hacerse sospechoso al Gobierno ruso, y en 1861 fué enviado á Siberia. En su camino á tan lejano destino le fué permitido interrumpir su viaje en Omsk, donde le recibieron con entusiasmo varios centenares de católicos, contentísimos por la oportunidad que se les ofrecía con la llegada del misionero de poder recibir los Sacramentos, y oír el santo sacrificio de la Misa, de cuyo beneficio habían sido privados largo tiempo. Un día, sin embargo, recibió aviso del gobernador de la ciudad, que lo era un francés de nombre Duchamel, el cual le manifestó «que había recibido órdenes de enviarle á su destino, que si permanecía en la ciudad no tendría con qué vivir, mientras que en el punto para donde había sido destinado tendría paga fija.» Añadió luego «que por su parte no tenía dificultad que permaneciera en la ciudad si así lo quería.»

El P. Gromadski le replicó «que estaba seguro que cualquiera de los 400 ó 500 católicos de Omsk de buena gana partiría con él el último bocado de pan que tuviera; por tanto, si el Gobierno lo permitía dispuesto estaba á permanecer y trabajar entre aquellos católicos, no cuidándose de las comodidades materiales de la vida, que él en nada estimaba.»

Conmovido el gobernador con esta respuesta, se levantó de su asiento, le dió un apretón de manos, y desde entonces fué uno de los más firmes sostenedores de la Misión. Quedó, pues, el P. Gromadski en aquella ciudad hasta el año 1869, en que el Obispo le mandó á Tomsk, dejando en su marcha duradero recuerdo en los corazones de los pobres católicos de Omsk, y tam-



bién una pequeña iglesia que él mismo había construido. En Tomsk encontró un gobernador polaco que era católico, y hombre siempre dispuesto á favorecer y ayudar á los católicos. Algunos años después de su llegada, el Obispo metropolitano le nombró párroco, y aunque este nombramiento jamás ha sido formalmente reconocido por las Autoridades rusas, sin embargo, nadie ha disputado al Padre su título y jurisdicción en tan extensa parroquia.

Antes de dar algunos extractos de las interesantes cartas del misionero, diremos unas pocas palabras acerca del origen de la importante Misión que le había sido confiada. Después de la prisión del obispo Sotyk y sus compañeros, la desgraciada colonia de polacos desterrados de tal manera creció en número, que el Gobierno ruso accedió al fin á la petición de los prisioneros, y dió instrucciones al gobernador para que permitiera á los católicos abrir una Misión y tener su propio sacerdote. El primero fué un Jesuíta; después para suceder á éstos fueron nombrados los Franciscanos, y el P. Remigio erigió la primera capilla, dedicada á la Virgen del Rosario. En 1833, viniendo en gran número los polacos desterrados, fué necesario substituir la capilla provisional por una iglesia. Pero ¿cómo conseguir recursos para este fin? Los desterrados vivían en la más completa miseria. El P. Remigio, sin embargo, no por eso se desanimó. Vendió las pocas cosas que poseía, y con el dinero de la venta compró un caballo y un carro, y con esto recorría la comarca, yendo de pueblo en pueblo y de casa en casa pidiendo limosna en nombre de Jesucristo. Aceptaba agradecido cuanto se le ofrecía, fuera dinero, pan, carnes, trigo y aun vestidos. En todas partes era acogido con bondad. Cuando tenía el carro bien provisto volvía á Tomsk, reunía á su grey y comenzaba la faena de construir la iglesia. El mismo mezclaba el mortero, hacía los ladrillos y tenía á su cargo la superintendencia de la obra. Repartía entre los operarios los recursos allegados, y cuando éstos se habían agotado volvía de nuevo á emprender con su carro y caballo la faena de pedir por la comarca. De este modo llegó el P. Remigio á terminar la construcción de la iglesia, cuya interior decoración se llevó á cabo merced á la generosa caridad de bienhechores de lejanos países. Pende en el altar mayor una copia de la Transfiguración de Rafael, asunto muy propio para pobres desterrados, que les enseña á ofrecer sus sufrimientos y la pena del hogar perdido á aquel Señor que puede transformar su tristeza en actos meritorios. Otros muchos cuadros han completado posteriormente el decorado, así como una torre de piedra con sus campanas. La iglesia se levanta en una montaña que domina la ciudad y toda la comarca. Por una parte en medio de un magnífico panorama corre el río Tomsk, y por la otra se extienden por muchas leguas inmensos bosques.

Así estaban las cosas cuando el P. Remigio fué llamado á su monasterio. El P. Gromadski llevó adelante la obra de su antecesor con no menor empeño. Añadió á la obra de la iglesia un cementerio para los católicos, lo arregló con esmero, plantó árboles, y tan bien cuidó de su conservación que los extranjeros se paran admirados al pasar por delante. Actualmente su gran em-

peño es edificar una casa de huérfanos para los niños pobres cuyos padres perecen en las prisiones, foco de fiebre tifoidea. Una de las grandes bienhechoras del Padre, cuya caridad era inagotable y que jamás olvidó á los pobres desterrados de Siberia, era la ya difunta Condesa de Potocka; pero á pesar de la caridad de esta señora estaba aún lejos el P. Gromadski de tener suficientes recursos para lograr su objeto. La mejor pintura de sus trabajos y pruebas la encontramos en algunos extractos de sus cartas á su madre. En Noviembre de 1871 desde los bancos del Kama así escribe:

«Gracias á Dios hoy bueno y puedo trabajar en la viña del Señor. La conversión de estas gentes es verdaderamente cosa hermosa y sincera á la vista de un sacerdote, y me da poder recibir los Sacramentos y oír la Misa, beneficios de que han pasado años. ¡Con cuánto fervor ruegan por las almas en el alma y acompañan al sacerdote en vez del órgano y cantos! El pueblo canta y sus voces son tan patéticas y tan llenas de expresión que me da menos de llorar. ¡Cuánto me duele! Por largos años estas pobres gentes no han podido recibir el Pan de los Angeles, ni gozar de un pequeño consuelo espiritual. He bautizado muchos niños, algunos de cuatro y cinco años, y he casado mucha gente. Con dificultad podréis formaros una idea de lo que es mi vida en esta constante alternativa de gozo y pena.»

De nuevo en 1872 escribe á su madre desde Tomsk:

«Acabo de llegar de un largo viaje, y he procurado volver antes del deshielo, que este año comienza muy tarde. El 25 de Marzo estábamos á 30 grados bajo cero, y á 25 el 4 de Abril. Resbalando por entre bosques y estepas en mi pequeño trineo, rodeado de montañas de nieve por todas partes, decía mis oraciones y me acordaba de V., querida madre mía, mientras las campanillas de los caballos me acompañaban con su sonido. Dios me ha protegido y sacado á salvo; sea El bendito y alabado por los siglos de los siglos. En este último viaje he empleado seis meses y caminado unos 9,000 kilómetros. He bautizado unos 100 niños, casado 40 personas, y confesado varios miles, de entre los que algunos que no habían podido acercarse al sacramento de la Penitencia por muchos años, murieron casi inmediatamente después de recibir la absolución como si sólo hubieran estado aguardando esta gracia. Otros que estaban enfermos recobraron la salud de un modo maravilloso después de habérseles administrado los Sacramentos. Al principio no sentí cansancio alguno, pero hacia el fin estaba tan exhausto que tuve que hacer esfuerzos para acabar lo comenzado. Un día caminaba hacia una aldea solitaria donde vivían dos familias católicas y unos pocos hombres solteros. Tomé el camino más directo y hacia la caída de la noche llegué al pueblo de Wiesola. Uno de los aldeanos iba por el camino con una carreta llena de paja. Al ver tal fenómeno como un trineo que salía patinando del bosque, cosa que desde su destierro jamás había visto, se acercó á mi cocheró y le preguntó quién era yo. Al oír por respuesta que un sacerdote católico, mudo al pronto de sorpresa, y no pudiendo creer lo que se le decía, se



bién una pequeña iglesia que él mismo había construido. En Tomsk encontró un gobernador polaco que era católico, y hombre siempre dispuesto á favorecer y ayudar á los católicos. Algunos años después de su llegada, el Obispo metropolitano le nombró párroco, y aunque este nombramiento jamás ha sido formalmente reconocido por las Autoridades rusas, sin embargo, nadie ha disputado al Padre su título y jurisdicción en tan extensa parroquia.

Antes de dar algunos extractos de las interesantes cartas del misionero, diremos unas pocas palabras acerca del origen de la importante Misión que le había sido confiada. Después de la prisión del obispo Sotyk y sus compañeros, la desgraciada colonia de polacos desterrados de tal manera creció en número, que el Gobierno ruso accedió al fin á la petición de los prisioneros, y dió instrucciones al gobernador para que permitiera á los católicos abrir una Misión y tener su propio sacerdote. El primero fué un Jesuita; después para suceder á éstos fueron nombrados los Franciscanos, y el P. Remigio erigió la primera capilla, dedicada á la Virgen del Rosario. En 1833, viniendo en gran número los polacos desterrados, fué necesario substituir la capilla provisional por una iglesia. Pero ¿cómo allegar recursos para este fin? Los desterrados venían á pie y en la más completa miseria. El P. Remigio, sin embargo, no por eso se desanimó. Vendió las pocas vacas que poseía, y con el dinero de la venta compró un caballo y un carro, y con esto recorría la comarca yendo de pueblo en pueblo y de casa en casa pidiendo limosna en nombre de Jesucristo. Aceptaba agrado cuanto se le ofrecía, fuera dinero, pan, carne, aun vestidos. En todas partes era acogido con amor. Cuando tenía el carro bien provisto volvía á reunirse á su grey y comenzaba la faena de construir la iglesia. El mismo mezclaba el mortero, hacía los muros y tenía á su cargo la superintendencia de la obra. Repartía entre los operarios los recursos allegados, cuando éstos se habían agotado volvía de nuevo á recorrer con su carro y caballo la faena de pedir limosna en la comarca. De este modo llegó el P. Remigio á terminar la construcción de la iglesia, cuya interior decorada se llevó á cabo merced á la generosa caridad de bienhechores de lejanos países. Pende en el altar mayor una copia de la Transfiguración de Rafael, asunto muy propio para pobres desterrados, que les enseña á ofrecer sus sufrimientos y la pena del hogar perdido á aquel Señor que puede transformar su tristeza en actos meritorios. Otros muchos cuadros han completado posteriormente el decorado, así como una torre de piedra con sus campanas. La iglesia se levanta en una montaña que domina la ciudad y toda la comarca. Por una parte en medio de un magnífico panorama corre el río Tomsk, y por la otra se extienden por muchas leguas inmensos bosques.

Así estaban las cosas cuando el P. Remigio fué llamado á su monasterio. El P. Gromadski llevó adelante la obra de su antecesor con no menor empeño. Añadió á la obra de la iglesia un cementerio para los católicos, lo arregló con esmero, plantó árboles, y tan bien cuidó de su conservación que los extranjeros se paran admirados al pasar por delante. Actualmente su gran em-

peño es edificar una casa de huérfanos para los niños pobres cuyos padres perecen en las prisiones, foco de fiebre tifoidea. Una de las grandes bienhechoras del Padre, cuya caridad era inagotable y que jamás olvidó á los pobres desterrados de Siberia, era la ya difunta Condesa de Potocka; pero á pesar de la caridad de esta señora estaba aún lejos el P. Gromadski de tener suficientes recursos para lograr su objeto. La mejor pintura de sus trabajos y pruebas la encontramos en algunos extractos de sus cartas á su madre. En Noviembre de 1871 desde los bancos del Kama así escribe:

«Gracias á Dios estoy bueno y puedo trabajar en la viña del Señor. La emoción de estas gentes es verdaderamente conmovedora y sincera á la vista de un sacerdote, y á la sola idea de poder recibir los Sacramentos y oír el Santo Sacrificio de la Misa, beneficios de que han estado privados por años. ¡Con cuánto fervor ruega uno cuando hay lágrimas en el alma y acompañan éstas al santo sacrificio en vez del órgano y canto! Pero algunas veces el pueblo canta y sus voces son tan conmovedoras, tan patéticas y tan llenas de expresión que no puedo menos de llorar. ¡Cuánto mi corazón se conmueve! Por largos años estas pobres gentes no han podido recibir el Pan de los Angeles, ni gozar el más pequeño consuelo espiritual. He bautizado muchos niños, algunos de cuatro y cinco años, y he casado mucha gente. Con dificultad podréis formaros una idea de lo que es mi vida en esta constante alternativa de gozo y pena.»

De nuevo en 1872 escribe á su madre desde Tomsk: «Acabo de llegar de un largo viaje, y he procurado ir antes del deshielo, que este año comienza muy pronto. El 25 de Marzo estábamos á 30 grados bajo cero, y el 4 de Abril. Resbalando por entre bosques y montañas en mi pequeño trineo, rodeado de montañas de todas partes, decía mis oraciones y me acordaba de ti, V., querida madre mía, mientras las campanas de los caballos me acompañaban con su sonido. Dios te ha protegido y sacado á salvo; sea El bendito por los siglos de los siglos. En este último año he trabajado seis meses y caminado unos 9,000 verstas. He bautizado unos 100 niños, casado 40 personas, confesado varios miles, de entre los que muchos no habían podido acercarse al sacramento de la Eucaristía por muchos años, murieron casi inmediatamente después de recibir la absolución como si sólo hubieran estado aguardando esta gracia. Otros que estaban enfermos recobraron la salud de un modo maravilloso después de habérseles administrado los Sacramentos. Al principio no sentí cansancio alguno, pero hacia el fin estaba tan exhausto que tuve que hacer esfuerzos para acabar lo comenzado. Un día caminaba hacia una aldea solitaria donde vivían dos familias católicas y unos pocos hombres solteros. Tomé el camino más directo y hacia la caída de la noche llegué al pueblo de Wiesola. Uno de los aldeanos iba por el camino con una carreta llena de paja. Al ver tal fenómeno como un trineo que salía patinando del bosque, cosa que desde su destierro jamás había visto, se acercó á mi cochero y le preguntó quién era yo. Al oír por respuesta que un sacerdote católico, mudo al pronto de sorpresa, y no pudiendo creer lo que se le decía, se



acercó á mi trineo y me saludó en samogiano con la acostumbrada frase:

«—Sea bendito Jesucristo.

«—Por los siglos de los siglos, le contesté yo en la misma lengua; pues debe V. saber que me he visto precisado á aprender el dialecto samogiano, porque esta buena gente no sabe palabra de polaco.

«No bien hubo oído mi respuesta quitóse el sombrero y los guantes, quedó un momento en silencio, y al fin dió rienda suelta á la amargura de su corazón. No lloraba, sino literalmente mugía como un toro. Yo no pude contener mis lágrimas. Después desenganchó el caballo y echóse á galopar hacia el pueblo á anunciar la buena nueva. Cuando llegué vi una muchedumbre de gente que corriendo venía á recibirme. Las madres levantaban en alto á las criaturas para que las bendijera, me estrujaron las manos con el afán de besarlas, y algunos hasta besaban mis vestidos. Estas pobres gentes se afanaban por obsequiarme, cada uno me ofrecía cuanto tenía, juzgando que nada bastaba para mí. Me vi obligado á permanecer entre ellos por algunos días, en cuyo tiempo bauticé á los niños, bendije el cementerio y cada una de sus casas, celebré los Oficios por el alma de un pobrecillo que había muerto poco tiempo antes y al que habían tenido que enterrar sin las ceremonias de la Iglesia. Después de confesarlos á todos, darles la Comunión y consolarles lo mejor que pude, me vi precisado á dejarles, y entonces se volvió de nuevo á reproducir á mi partida la escena de la llegada.»

A pesar de las consolaciones que tales visitas le causaban, no hay que creer por eso que el P. Gromadski no sentía esa terrible prueba común á todos los desterrados de Siberia, el anhelo por su tierra, por su casa y por su familia; ese continuo suspirar por la madre patria, á la que nunca jamás le es permitido volver á ver. En una de sus cartas el P. Gromadski abre á su madre el estado de su corazón desalentado y abatido.

«A menudo, escribe, paso tales ratos que son verdaderas pruebas, pero hágase en todo la voluntad de Dios. Su voluntad es lo mejor y más seguro para nosotros.»

De nuevo en otra carta dice así:

«Hoy estaba muy abatido y muy triste, pero mirando al crucifijo que me trajeron de Roma, ofrecí á Jesucristo mis deseos y anhelo de estar en mi casa y mi triste soledad. Por la tarde el Sr. H. me entregó su carta de V., que me llenó de consuelo, y sentí que Dios me había enviado ambas cosas, la pena y la alegría. Sea su nombre bendito para siempre.»

El consuelo de que habla no era otro sino la seguridad de que en un país lejano había gente que por él rogaba y por su pobre parroquia de Tomsk.

«Pedid oraciones para mí y para mi pobre grey, es el encargo continuo que hace en sus cartas. ¡Lo necesitamos tanto! Pedid á los Carmelitas que redoblen su celo en rogar á Dios por nuestras intenciones, pues sus oraciones nos dan esfuerzo.» Escribiendo á una de sus bienhechoras de la Misión de Tomsk que le había enviado una capa pluvial, el P. Gromadski añade varios pequeños detalles que dan mucha luz para conocer los cuidados y pruebas que diariamente tiene que experimentar el sacerdote en Siberia.

«Dentro de poco tengo que ir á la falda de las montañas de Altai á llevar los consuelos de la Religión á mis pobres hermanos. Hay tanta nieve este año, que los caminos están intransitables; así es que tengo que aguardar el deshielo. Malo ha sido este año, y el invierno más frío y largo de lo acostumbrado. El 2 de Febrero me llamaron á la cabecera de un moribundo. Caminamos horas y horas, perdiendo de continuo nuestro camino entre los bosques. Fué un milagro que llegáramos á nuestro destino; pero, á Dios gracias, estuve á tiempo para administrar los Sacramentos al pobre enfermo. La noche era atroz, y para dar á V. una idea de la intensidad del frío, basta decirle que á la mañana siguiente aparecieron ochenta personas que habían muerto heladas. En cierto modo, sin embargo, todavía es peor el tiempo del deshielo, porque las chozas quedan sumergidas en el agua por algún tiempo, y mucha gente muere ahogada. Los ríos salen de madre y es entonces muy peligroso el cruzarlos. Una pobre mujer al intentar salvar á su hijo que había caído del bote donde toda la familia se había refugiado en una de estas crecidas, dejó caer á la criatura que tenía en sus brazos, y perdió así á los dos hijos. Otro día vi á un caballo con el jinete arrastrado por el impetuoso torrente, con tal furia, que fué imposible prestarle socorro alguno. Podría referir á V. muchas más dificultades de este género con que tenemos que tropezar, pero la descripción sería monótona, puesto que siempre tenemos que afrontar los mismos peligros y sentir el mismo gozo cuando podemos hacer algo en servicio de Dios. Pero no debemos nunca olvidar que somos siervos inútiles, y procurar tener pura intención en nuestras acciones, no mirando al aplauso ó vituperio del mundo, porque sólo el que así trabaja puede ser feliz.»

Debemos tener presente que el Gobierno ruso no concede pensión alguna por los gastos que estas largas excursiones originan, á no ser que haya tropas acuarteladas en la Misión, lo cual no sucede al P. Gromadski, que no tiene que cuidar de los soldados. El único socorro prestado por las Autoridades se reduce á un papel, por el cual sólo puede cargarse al misionero por un par de caballos tres copecks á razón de cada kilómetro andado, y á una especie de pasaporte que les permite viajar libremente y autoriza para alojarse en las oficinas del Gobierno si no encuentran otra morada, y además obtener apoyo del alcalde ó magistrado en caso de necesidad. Por consiguiente, los gastos de las visitas pastorales deben ser pagadas sea por la pobre gente que las solicita ó por el sacerdote mismo, como sucedía al Padre Gromadski, que las pagaba de su bolsillo.

## INDOSTÁN

*Primera visita episcopal á las regiones no visitadas de la diócesis de Lahore (Pendjab)*

De una relación que acompañada de dos grabados nos remite un Padre misionero capuchino, extractamos lo siguiente:

EL Ilmo. Godofredo Pelkemans, resolvió visitar Kangra, Kulu y el pequeño reino de Mundi, distritos de su diócesis de Lahore, y partimos el 16 de Septiembre de 1893. Alquilamos un coche ligero, lla-



mado *tuga*, y con grandes trabajos, á causa de las lluvias, viajamos por entre los majestuosos Himalayas.

Visitamos á los católicos de los lugares que recorriamos, viéndonos constantemente rodeados de multitud de infelices que nos pedían limosnas y remedios. Algunos conocimientos de medicina, á lo menos para los casos ordinarios, son utilísimos al misionero. Los protestantes lo han comprendido muy bien, y antes de intentar alguna conversión, se dedican al cuidado de los enfermos, entregando gratuitamente los remedios. Cuentan asimismo con dos doctoras que asisten á las mujeres y tienen libre acceso en los *zananas* y harenes, en los cuales no puede entrar nunca un hombre, por elevado que sea su rango ó dignidad. Si nosotros tuviésemos Religiosas, sería inmenso el bien que podríamos hacer. Todo es posible con el favor divino, y confiamos que poco á poco se logrará la conversión de estos paganos.

En la aldea de Bajhaura, entre los enfermos á quienes asistimos, tuvo su ilustrísima la dicha de bautizar á un niño á quien quedaban pocas horas de vida. Estos bautismos nos indemnizan ampliamente de todas las fatigas y privaciones del viaje.

Cuando llegamos á Mundi, capital del pequeño reino de este nombre, el rajah dió orden para que nada nos faltase, y nos hizo saber que nos recibiría con gusto á las cinco de la tarde. Consultó á los brahmas, pues nada hace sin su consentimiento, y éstos contestaron que el día no era propicio. La mañana siguiente un oficial al frente de veinte soldados vino á notificarnos que el rey

estaba pronto á recibirnos. Nos dirigimos en nuestras cabalgaduras al palacio real, donde la guardia de honor nos presentó las armas.

El rey, rodeado de sus ministros, salió á nuestro encuentro felicitándonos por nuestra llegada; nos estrechó la mano y ofreció al Ilmo. Pelkemans, en demostración de respeto, una bolsa llena de almizcle. Luego nos hizo tomar asiento á su lado: los ministros estaban sentados al frente en un tapiz.

El rey sigue con escrupulosidad el Induismo, y creería cometer uno de los mayores crímenes si dijese ó hiciese algo contra el parecer de los brahmas. La excelencia del gobierno de su reducido Estado, uno de los mejor regidos del Norte de la India, débese en gran parte á su hábil y enérgico superintendente, el europeo Jendall. Su Alteza manifestó cuánto le complacía nuestra visita, besó el anillo del Obispo, y en señal de profundo respeto se llevó la mano á la cabeza.

Su ilustrísima le explicó que el objeto de nuestra visita era instalar una Misión católica en su reino. El rey contestó que, lejos de oponerse á ello, favorecería su cumpli-

miento; pero que la resolución definitiva correspondía al Gobierno del Pendjab, pues sin autorización de este último ningún europeo puede establecerse en un Estado independiente. Dimos gracias al rajah, quien mandó que nos entregasen dos cajas de té, procedentes de los huertos reales.

Deseábamos partir el día siguiente; pero el rey nos manifestó que quería devolvernos la visita, y nos invitó á un banquete. Aceptamos el ofrecimiento, y nos despedimos después de prolongada conversación.



EMMO. CARDENAL FRANCISCO SATOLLI. (Pág. 20)



El día siguiente el superintendente nos invitó á visitar la ciudad de Mundi. Su población es de cien mil almas. Reina en ella un orden perfecto y la mayor limpieza, siendo muy raras las enfermedades.

Junto á un lago hay el templo principal de Mundi, en donde todos los días á las doce se sacrifica una cabra y luego la arrastran en torno del edificio: la sangre del animal riega el pavimento. El dios del rey se llama Pakhes, y es custodiado en el palacio por gran número de sacerdotes, dedicados al servicio del ídolo.

La inmolación de las viudas se practicó mucho tiempo en Mundi, mas ahora no es tolerada por el Gobierno inglés.

Visitamos las escuelas, los hospitales y diferentes bazares, que no dejan de ser interesantes.

El Beas, uno de los cinco ríos del Pendjab, separa la ciudad antigua de la nueva, y aunque los peces son en él numerosísimos, á nadie se permite pescarlos: la razón es porque los indios no entregan á las llamas los cadáveres de sus niños, sino que los echan al río. Suponen que los peces que los devoran se inoculan los vicios de estos cadáveres, y que los que comiesen aquellos peces estarían sujetos á todos esos vicios.

Al llegar á nuestro alojamiento encontramos músicos y bailarinas que el rey había enviado para distraernos: como se comprende, nos dispensamos de sus buenos servicios, no sin agradecer la deferencia del rajah.

A las cinco de la tarde salió éste de su palacio al sonido de las trompetas. Aparecieron primero cinco hermosos caballos árabes; luego, rodeada de una guardia de honor, la bandera real en la que hay tejida en seda roja sobre fondo blanco la figura de una diosa repugnante (Kali). Los ministros iban en pos de la bandera, y soldados con uniforme seguían á los que llevaban los emblemas de la dignidad real.

Detrás de ellos se adelantaba noblemente S. A., rodeado de miembros de su familia, y acompañado de su superintendente europeo. Recibimos al rey á la entrada de nuestra casa. El Ilmo. Pelkemans le condujo á una silla dispuesta para el caso. El Obispo se sentó á su derecha, y todos los demás permanecieron á su izquierda. Su ilustrísima hizo recaer la conversación sobre el asunto del día precedente. Expuso el bien que nuestros sacerdotes y Religiosas hacen en el reino, cuidando de las escuelas y los hospitales. El rey manifestó de nuevo su satisfacción; llamó á su tesorero, y le mandó nos entregase dos cajas de té y dos chales de Cachemira primorosamente tejidos. Permaneció con nosotros una hora.

A las siete fuimos al palacio para asistir al banquete. Sirviéronnos treinta y seis platos diversos y postres, confeccionado todo á la moda india. Los manjares estaban colocados en hojas de árboles sobre platos de metal. Para no faltar al respeto debido al rey tuvimos que tomar algo de todos los platos, que eran muy sabrosos. Servían la mesa gran número de criados, y los músicos tocaban las mejores piezas de su repertorio.

Fuimos tratados regiamente en Mundi, y para colmo de obsequios, el rajah regaló un caballo de las caballe-

rizas reales á S. Ilma., para efectuar el viaje de regreso. Por fin nos despedimos de todos, y regresamos á Lahore.

El resultado de esta visita episcopal ha sido considerable. El venerable Obispo de Lahore ha bautizado á tres niños paganos moribundos, y prodigado consuelos espirituales á los católicos de aquellas comarcas que hacía muchos años no habían visto sacerdotes. Se ha hecho cargo de las necesidades del pueblo, y ha comprendido la necesidad de hacer visitar de vez en cuando por un sacerdote á los católicos dispersos, hasta que la Providencia nos proporcione medios de instalar allí una Misión. Finalmente se ha puesto en relaciones con el rey de Mundi, quien ha prometido no oponer obstáculo alguno á nuestra instalación en su reino.

### ALTA CIMBEBASIA (África Occidental)

#### *Fundación de una Misión católica entre los amboelas*

El país de los amboelas y ganguelas comprende toda la parte del Africa Austral que se extiende entre el río Eunene y el Alto Zambese. Tiene por límites: al Norte, el Casai superior, y al Sur, el curso inferior de los ríos Okavango ó Cuvango, y Knando ó Tchobé. Esta región inmensa, mayor en extensión que España, constituye la prefectura apostólica de la Alta Cimbebasia.

Muy poblada, sin desierto, y gozando de un clima relativamente sano, esta privilegiada comarca ofrece magnífico campo de acción al celo de los misioneros.

Por desdicha, á causa de lo distante de la costa las comunicaciones han sido muy difíciles, y esta región estaba cerrada para los operarios evangélicos. Aun al presente los gastos indispensables para la fundación y conservación de estaciones apenas permiten desarrollar las obras, ó por lo menos paralizan la difusión de un apostolado que no dejaría de ser consolador y fructuoso. El carácter pacífico y hospitalario de los indígenas, sus disposiciones benévolas para con las personas, y, en general, para todo lo que representa la civilización, permiten concebir acerca este pueblo fundadas esperanzas de evangelización.

El P. Lecomte, prefecto apostólico de la Cimbebasia, nos dice acerca el establecimiento de la Misión de los amboelas:

Cuando llegué á Humbi en Enero de 1885, hacía apenas cuatro meses que se había inaugurado la Misión de los amboelas. Obligados por la violencia de los ministros luteranos alemanes á abandonar el Damaraland, los misioneros de Cimbebasia acababan de fundar dos nuevas estaciones: San Miguel de Okuanyama, en el Ovampo, y Nuestra Señora de las Victorias en Kinonangombe ó Kakelé, en el país de los amboelas de Casinga.

Surcaban ya el Ovampo en todos sentidos numerosos vagones de cazadores ingleses y suecos de Damaraland, y de los boers emigrantes del Transwaal; empero el país de los amboelas quedaba casi enteramente desconocido. El Sr. Dufour murió asesinado á poco de inaugurar la expedición científica que le confiara la Sociedad de Geografía de París. Sin embargo, las breves noticias que pudo suministrar al R. P. Duparquet, y los informes del viajero portugués Serpa Pinto sobre las tribus amboelas del Knando ó Tchobé, excitaban vivamente la curiosidad sobre esta raza cuyo tipo, lengua y costumbres diferían completamente de todo lo que se conocía hasta entonces. Algunos misioneros, los PP. Hogan y Lynch, y los HH. Onofre y Rodríguez, sin intimidarse por la triste suerte del primer europeo



que intentó penetrar en este país, quisieron plantar la cruz del Redentor en las tierras amboelas, á ocho jornadas del Okuanyama, mientras que el P. Duparquet en persona, con el P. Delpuech y los HH. Gerald y Lucio, instalaban la estación de San Miguel.

Destinado á esta última, la encontré el 11 de Abril de 1885 en estado nada lisonjero. El P. Duparquet, obligado á abandonarla para dirigirse al país de los betchuanas, advirtiéndome que temía mucho por el porvenir de esta obra. Los indígenas se manifestaban cada vez más insolentes, y las disposiciones, buenas ó malas, del rey Nambadi, eran resultado del humor del momento ó de los caprichos del día. Tocante á la salud, el P. Delpuech pocos días antes estuvo á punto de morir, y el H. Gerald estaba muy quebrantado, teniendo que acudir á todo el H. Lucio.

Mi primera diligencia fué obtener de Nambadi garantías de estabilidad para la Misión, declarándole que tenía orden de abandonarla y transferirla al territorio de Ehanda, donde poseíamos ya una casa. El rey, afectado por esta resolución, me hizo tales promesas, que no pude menos de darle palabra de volver á su lado así que hubiese visitado al P. Hogan para recibir instrucciones y los correspondientes poderes de jurisdicción.

Después de no pocos días de marchas forzadas llegué á Ehanda con el H. Lucio. Allí supe con dolor que habían muerto los PP. Hogan y Lynch, y que los dos Hermanos estaban en gravísimo estado. El rey Katquila nos suplicó que nos quedásemos en su país, diciéndonos que el de los amboelas sería nuestra tumba. Nos separaban todavía dos jornadas de la Misión de Kimanganbé, y llegamos á ella el miércoles 22 de Abril, encontrando al H. Rodríguez cubierto de llagas, y al H. Onofre tan pálido y descarnado que parecía un difunto.

Después de cumplidos los primeros deberes con los muertos y los vivos, tratamos una cuestión grave: ¿qué partido debíamos adoptar en circunstancias tan críticas? En Okuanyama había yo dejado dos convalecientes, que aunque no en grave estado, no era permitido ni posible dejarlos abandonados por mucho tiempo. Mas en Amboelas, donde acabábamos de llegar, la situación era más penosa todavía, y no podía dejar solos á mis queridos enfermos. En su virtud supliqué al H. Lucio que volviese á Okuanyama, y le entregué una carta para el P. Delpuech, á quien pedía me enviase lo más pronto posible los poderes de jurisdicción, de que en ausencia del Prefecto apostólico era depositario por la muerte de los más antiguos.

El infortunado iba á recibir mi carta; pero ¿cómo podría contestarla? Escribí al mismo tiempo á Huilla pidiendo auxilios que me permitiesen volver á mi estación de San Miguel. El H. Lucio se volvió, pues, solo, el lunes 27 de Abril; ay! sin sospechar que corría á la muerte.

A los pocos días se resintió mi salud, y el H. Onofre, algo restablecido, partió el 14 de Mayo con el carro para proporcionarse en Humbi las provisiones más indispensable, pues nuestra penuria era extremada. El lodo de los caminos, húmedos aún á causa de las lluvias, le obligó á retroceder. Sin desalentarse por esto,

volvió á partir con un buey de silla (1), dejándonos al H. Rodríguez y á mí instalados en los lechos donde exhalaban el último suspiro los dos Padres.

Los veintidós niños de la Misión se gobernaron solos: iban al trabajo, y se daban mutuamente la lección y el Catecismo con tanta regularidad, que nos dieron gran consuelo. La mitad de ellos habían hecho su primera Comunión el día de Pascua, preparados desde mucho antes por el P. Lynch, y animados de disposiciones admirables.

(Se concluirá).

## ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. FR. ENRIQUE VAGAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

### IV

Sevilla del Oro

EL antiguo Gobierno de Macas tuvo más ó menos los límites siguientes: principiaba con la cordillera, desde el río Napo hasta el Paute, seguía el Paute hasta su desembocadura en el Marañón con el nombre de Santiago; continuaba con el Marañón hasta la desembocadura del Morona; de aquí una línea imaginaria, cortando el Pastaza en la desembocadura del Bobonaza, iba á terminar en el Napo.

Los *scyrís* del reino de Quito no extendieron su dominio en toda esta región; se detuvieron en el actual territorio de Macas y en Huamboya, cuyas naciones nada tenían de común con la belicosa é indómita raza jívara, ante la cual habían vuelto vergonzosamente las espaldas tanto los *scyres* como los incas del Perú. Sin embargo, mantenían mutuas relaciones de comercio y amistad los jívaros con los macas y huamboyas.

En 1535 Sebastián Benalcázar, conquistador de Quito, y luego después Gonzalo Pizarro, solicitaron la alianza de estos últimos, y con su consentimiento establecieron en Macas y Huamboya algunos asientos y trabajo de minas de oro. Los jívaros miraron con malos ojos la presencia de los extranjeros, y reprobaron abiertamente la imprudente alianza de sus vecinos. Años después fué creado el gobierno de Macas con los límites que hemos señalado, y principió á llenarse el territorio de numerosas colonias. Los jívaros celosos, impacientes y audaces, trataron de impedir la venida y permanencia de los blancos por medio de las armas: temerosos éstos del valor y ferocidad de enemigos que habían conocido ya y probado en varios encuentros, desampararon el país.

En el año 1552 una sangrienta lucha de los jívaros del Paute con los del Morona destrozaba las dos agueridas naciones. Aprovechando la ocasión, un grueso ejército de tropas españolas invadió el Paute. Acometidos los jívaros de esta comarca por todas partes, resistieron con saña y orgullo; pero luego se vieron obligados á capitular con los españoles, permitiéndoles fundar la hermosa ciudad de Logroño, á la orilla izquierda del río.

(1) En esta colonia portuguesa los europeos emplean el buey como cabalgadura, pasándole por la nariz un hierro que sirve para dirigirle. A pesar del balanceo, que á la larga fatiga mucho, no deja dicho animal de prestar buenos servicios.



Los macas y huamboyas recibieron con gusto las tropas españolas, contentos de escudarse bajo su amparo al temor y amenazas de los bárbaros. Fundaron los españoles de Huamboya la ciudad de Mendoza, y en Macas la grande y opulenta Sevilla del Oro, capital de todo el gobierno.

Se hicieron tan rápidamente y con tanta felicidad estas fundaciones, que en poco tiempo llegaron al apogeo de una gloria y opulencia sin rival: fundáronse más de treinta reales de minas de oro; llenóse todo el territorio de poblaciones de segundo orden y numerosas villas españolas; de todas partes afluían ríos de gente honrada y aventureros sin oficio, atraídos todos por la fama de riquezas, que se las consideraba superiores á las del Perú: Sevilla del Oro pronto llegó á contar veinticinco mil habitantes. De manera que fué este gobierno el más poderoso, el más rico y de mayor comercio de todo el antiguo reino de Quito.

Duró cerca de medio siglo esta grandeza, y en todo este tiempo los españoles procuraron rendir y subyugar á los indómitos jívaros, al principio so pretexto de alianza y amistad, y luego abiertamente con derecho de señores y conquistadores. Cometieron injusticias mil con los desgraciados salvajes, quebrantaron fácilmente la palabra y juramento de guardarles fidelidad en los contratos y consideración á sus personas, y encontrándoles indefensos y aislados, se sirvieron de la fuerza, del desprecio y del insulto, cosas enteramente repugnantes á los jívaros más que á ningún pueblo de la tierra, para humillarlos.

En el año 1599 un hecho colmó la medida de las injusticias contra los indios: con motivo de la coronación de Felipe III, decretó el gobernador una injusta contribución á los indios de todo el gobierno de Macas, amén de la onerosa que debían pagar los infelices como tributo. Estalló entonces como un rayo la indignación,

no de los abyectos macas y huamboyas, que se disponían á pagar, sino de los soberbios é irritados jívaros, que se proponían resistir; y el estallido de ese rayo repercutió al momento en toda la jivaria desde el Santiago al Pastaza. Se reconciliaron pautes y moronas, mortales enemigos, pusieron á la cabeza de las dos naciones al inteligente, activo y valeroso Quirrua, á quien le prometieron obediencia absoluta; y el decreto de exterminio de la raza blanca quedó sancionado, en medio de amenazas, juramentos y blasfemias.

El gobernador de Macas pasó de Sevilla del Oro á Logroño á cobrar personalmente la contribución; fué éste el lugar y día señalados por Quirrua para la ejecución terrible de sus venganzas. Tomó consigo un gran ejército de jívaros, y mandó otros dos numerosos como el suyo á acometer al mismo tiempo á Mendoza y Sevilla del Oro. Cuando menos se pensaba, en el silencio de la noche, cuando Logroño dormía en sosegado sueño, se ve invadida por todas partes de veinte mil hombres medio desnudos, pintarrajeados, de larga cabellera, de feroz continente, ardiendo en ira, sedientos de sangre, con lanza en ristre embistiendo, no como hombres, sino como leones, y bramando y bufando como toros heridos, derramaban por doquiera la tempestad de un furor que todo lo lleva á sangre y fuego, sin perdonar viejo, niño, mujer, culpable ó inocente... El gobernador debía ser, sin embargo, el objeto especial de una saña refinada y diabólica: atáronle de pies y manos,



[SAMOS (*Turquia Asiática*).—Iglesia de Nuestra Señora de Valhy. (Pág. 21)]



le mostraron cuanto oro habían traído; á su presencia lo liquidaron, y abriéndole la boca á viva fuerza, se lo derramaban obligándole á tragar, hasta que le reventaron las entrañas...

Esta famosa y sangrienta hecatombe costó á Logroño doce mil víctimas: fueron perdonadas solamente las mujeres jóvenes y las niñas en número de siete mil, destinadas á formar el trofeo de los vencedores, incluyéndose en este número las monjas del monasterio de la Concepción recién fundado.

Los mendocinos, sabedores con anticipación de las desgracias que les esperaban, tomaron á tiempo la fuga abandonando la ciudad á voluntad del enemigo; una gran parte fué á refugiarse en Sevilla del Oro. Aquí opusieron los sevillanos una resistencia heroica y desesperada á los bárbaros: éstos, sin armas de fuego, ven caer muertos muchos compañeros; pero no sólo se mantienen firmes, sino que acometen con denuedo, y con arrojo y audacia inconcebibles se lanzan á luchar cuerpo á cuerpo, pecho á pecho. Combatieron largo tiempo con furia increíble de una y otra parte, derramando muerte y exterminio por doquier: habían perecido gran número de jívaros y las tres cuartas partes de la ciudad: entrada la noche, no pudiendo luchar más por la obscuridad, la prenden fuego los salvajes y se retiran. El incendio tragó toda la ciudad con voraces llamas; pero la retirada de los agresores fué también la salvación de los pocos que quedaron, casi todos niños y mujeres para llorar tanta desgracia.

Tropa de Quito facilitó después la salida de estos infelices á las demás ciudades; y de la gran Sevilla del Oro, lo mismo que de Logroño y Mendoza, no nos quedan sino recuerdos; ni aun se sabe los sitios en donde fueron establecidas; la feracidad del suelo ha sepultado sus ruínas en medio del bosque.

Las reliquias de la gente más miserable que no pudo salir ó no tuvo á donde, quedaron ocupando algunas pequeñas poblaciones: la más notable fué la que tomó el nombre de *villa de Macas*, cercana á la memorable Sevilla del Oro.

Varias veces intentaron reconquistar los españoles las ricas cuanto desgraciadas provincias perdidas. Por lo pronto una expedición de dos mil hombres bien armados fué á enterrar los cadáveres insepultos de Lo-



MADAGASCAR.— Presos malghaches ó gadralavas. (Pág. 22)

groño y castigar ejemplarmente el inaudito crimen de la raza asesina; mas nunca pudieron dar de frente con ella, ni trabar batalla decisiva: los jívaros sólo se presentaban en pequeñas partidas y merced á la obscuridad de la noche, para asaltar y degollar á los soldados imprevistos.

Entre otras expediciones, la que se emprendió en 1654 tuvo peores resultados que la anterior: mientras los agresores cansábanse de buscar á los salvajes, pasando cerca sin sospechar siquiera su proximidad, éstos asestaban envenenados dardos al pecho, y caían los blancos retorciéndose con las agonías de la muerte, sin saber cómo, ni de dónde les venían.

Los misioneros no hicieron menores esfuerzos: en 1682, el célebre jesuita P. Lucero, de la Misión de Mainas, trabajó ardientemente por la reducción de estos infieles; pero lo perdió todo por haber llevado algu-



nas familias de blancos. Otro tanto sucedió diez años después con el P. Viva; hasta que al fin, cansados misioneros y conquistadores, dejaron á los jivaros libres del yugo español y del suave y ligero yugo de la santa ley de Jesucristo.

Después de la destrucción de Sevilla del Oro, los salvajes no volvieron á aparecer por lo pronto para evitar un encuentro con las tropas españolas por este lado; pero más tarde principiaron á inquietar á los indios y gente pobre que quedaron allí; y eran tan frecuentes y terribles estos asaltos, que Macas se ha visto obligada á mudar de sitio varias veces, para no perecer al furor de sus enemigos. A comienzos de este siglo hicieron el último asalto; mataron muchas personas y robaron varias mujeres; celebraban su triunfo en número de mil en medio de horrible bacanal. De repente, el intrépido capitán Sabino Rivadeneira les cayó encima, cual un nuevo Macabeo, con cien valientes compañeros, y no dejó un solo jivaro con vida. Aleccionados con tan duro ejemplo, dejaron á Macas en paz, establecida de un modo definitivo, en el lugar que actualmente ocupa.

Macas tuvo constantemente un párroco; sin embargo, el temor á los jivaros fué el motivo de que nada pudiera hacer con ellos. Pero en el primer tercio de este siglo se habían adormecido, y casi desaparecido su ferocidad y preocupación para con los blancos y misioneros; y los párrocos principiaron á ocuparse en su conversión. Desde entonces ibanse acercando á vivir á poca distancia de Macas, estrecharon relaciones de amistad y comercio con los macabeos; permitieron pasearse libremente en la jivaría á éstos, como ellos lo hicieron en medio de los otros, según acostumbra hacerlo hasta ahora.

García Moreno creó la gran Misión oriental, que fué entregada á los Padres Jesuitas, quienes se establecieron en Macas y el Napo, en 1870. Quince años duró la Misión de Macas. Dos años después, en 1887, el Excmo. Sr. delegado apostólico Dr. Benjamín Cavicchioni la dividió en dos grandes partes: el vicariato del Napo que quedó con los mismos Padres Jesuitas, y la prefectura de Canelos y Macas, que fué confiada á los Hijos de Santo Domingo.

En el mes de Octubre de ese año, asegurado el reverendo P. de Lesplánes de mi resolución de acompañarle en esa obra apostólica, adelantóse á Macas á esperarme, en donde lo hemos encontrado ya.

### ARAUCANÍA

EXTRACTO DE UNA RELACIÓN QUE DE SU VISITA Á LAS MISIONES DE SU DEPENDENCIA HACE EL COMISARIO GENERAL DE MISIONEROS FRANCISCANOS EN CHILE.

#### III

No es necesario decir que nuestra estancia en Nueva-Imperial nos fué sumamente agradable, y de muy buena gana la habríamos prolongado si esa Misión hubiera sido el término de nuestras excursiones por aquellos lugares; pero restándonos aún un buen centenar de leguas que recorrer, y á lomo de caballo, no podíamos desperdiciar el tiempo. Resolvimos, por

tanto, despedirnos de Nueva-Imperial y partir para la Misión más inmediata, que es la de Cholchol, el lunes, 11 de Marzo. De cinco sacerdotes y un mozo se componía la caravana, porque el reverendo Padre vice-prefecto Fr. Bernardo Subiabre, y el V. P. Fr. Francisco Sánchez, misionero de Nueva-Imperial, se dignaron acompañarnos. El camino es bueno, pero hay que atravesar dos veces el caudaloso Cholchol. La primera, á legua y media de Nueva-Imperial, en lancha; la segunda, á inmediaciones del pueblecito de su nombre, en que está situada nuestra Misión, lo vadeamos, no sin temor de darnos un baño contra nuestra voluntad. Todos participábamos de ese temor, pero en grado superlativo el P. Sánchez, y con mucha razón, puesto que hacía pocos meses que allí mismo había tomado un baño tremendo con peligro inminente de perder la vida. El hecho sucedió del modo siguiente. Iba el referido Padre de Nueva-Imperial á Cholchol en busca de un misionero que le ayudara en el desempeño de su ministerio, el río no estaba vadeable, la lancha se demoraba bastante en la ribera opuesta, y le interesaba llegar pronto, para volver el mismo día á su Misión. ¿Qué hacer? Había un botecito que, aunque de mala muerte, podía llevarlo al otro lado si lo acompañaba un nauta. Este no faltó, y se embarcaron en el bajel en miniatura; el diminuto bajel se deslizaba sobre las aguas del Cholchol. Cuando menos se pensaban, el viento arrebató al nauta su sombrero, y para pescarlo, carga un tanto el cuerpo á un lado de la embarcación: esto fué suficiente para que ostentara la quilla sobre la superficie del río. El nauta pudo asirse del cable que está extendido de un lado á otro del río para el servicio de la lancha. El P. Sánchez, menos afortunado, tuvo que andar una regular distancia aguas abajo, llevándolo á remolque el botecito, del que se había aferrado, puesto que, en ese momento, no tenía otra tabla de salvación. La Providencia quiso que el barquichuelo encallara en un banco de arena que había en medio del río, después de haber andado una cuadra. Allí se rehizo el Padre, lo vieron en tierra, vinieron en su auxilio, y lo sacaron del peligro.

Cuatro cuadradas, más ó menos, del río está situada nuestra Misión, á la que llegamos á la hora calculada.

A unos cuatro metros de la Misión nos aguardaba el P. José Mansilla con un buen número de fieles.

En esta Misión esperábamos una reunión de mapuches compuesta, no de centenares, sino de miles, puesto que cuenta con doce mil, lo menos, feligreses indígenas.

Al día siguiente nos visitó el cacique general de aquella Reducción Domingo Coñuepang, indio cristiano civilizado é instruido en uno de los colegios de nuestras Misiones, como Neculman y otros muchos que deben su instrucción sobresaliente á nuestros misioneros. Con él convenimos en que el jueves 14 habría reunión de mapuches en la Misión, y el día siguiente en su casa, la que prometía ser numerosa, puesto que en esa Misión se han reunido en otras ocasiones dos ó tres mil indios.

La lluvia de los dos días siguientes nos impidió ir á la casa de Domingo. El llegó en la tarde con algunos caciques y mocetones. No obstante el mal tiempo, algo



de bueno hicimos en los dos días. Concurrieron como unos 50 entre hombres y mujeres, y 21 niños fueron bautizados y á 15 se administró la Confirmación.

Esta Misión tiene por fundador al M. V. P. Fr. Luís del R. Mansilla, actual superior de nuestro convento del Almendral en San Felipe. El 88 llegó este Padre por aquellos parajes, ó mejor dicho, páramos, porque en ese extensísimo valle no se ven sino rucas de indígenas, diseminadas en toda su vastísima extensión. En lo que hoy es pueblecito de Cholchol, entonces no existía sino una que otra casa y el cuartel, y en éste tuvo que alojarse el Padre algunos meses: hasta que pudo reunir algunos recursos para comprar una casita, que hoy sirve de capilla. Con los recursos que paulatinamente se han ido reuniendo, se ha podido construir un edificio como de cincuenta metros en que hay cuatro celdas, el comedor y un salón para internado de niños indígenas, y externado para niños del pueblo.

Este colegio ha principiado á funcionar en Julio último con un regular número de hueñicitos por haberlo dotado el Gobierno con cuarenta pesos mensuales. Sin este oportuno auxilio habría sido imposible mantener internado en esa Misión por la suma escasez de recursos. Da lástima ver al misionero andrajoso y remendado; sujeto á mil privaciones y trabajando como peón el tiempo que su ministerio le deja libre. Hace un año que el Gobierno cedió á esa Misión unas cincuenta hectáreas de terreno. De este modo se proporcionará legumbres para alimentar á sus colegiales indígenas.

La feligresía indígena de esta Misión asciende á una docena de millares, y hay personas entendidas en asuntos de censos, que la hacen subir á una docena y un cuarto, es decir, á 15,000. De éstos 1,500 son bautizados. Bien poca cosa, se me dirá, si se compara con la multitud que aún no han recibido el Bautismo. Yo contesto que es mucha cosa si se atiende á que desde la fundación de esa Misión hasta ahora no ha habido sino un solo operario. ¿Por qué no se manda otro? se me replicará. Porque los operarios son pocos para atender á tantas y tan multiplicadas necesidades. Debiéndose emplear no menos de diez años para formar los misioneros en nuestro mismo Chile, en estos tiempos de indiferentismo religioso, en que tan escasas son las vocaciones, no es para multiplicarlos en un ciento por ciento.

A los pocos días, cuando cesó la lluvia, montamos á caballo con ánimo de recorrer la distancia de dieciséis leguas, que median entre Cholchol y Traiguén, en cinco ó seis horas.

Esta Misión se fundó el año 1882 en una hermosa y extensa llanura como á una legua del pueblo de Traiguén, con el objeto de formar una colonia de indígenas; pero todos los esfuerzos que se hicieron para realizar tan laudable fin se estrellaron contra la tenaz resistencia del araucano, que en su excesiva perspicacia, ó mejor dicho, desconfianza, cree ver un peligro ó que se le tiende un lazo aun en las empresas más benéficas y provechosas para ellos. Fracasado este proyecto, se resolvió trasladar la Misión al pueblo el año 85, arrendando, al efecto, una casa. El 86 se construyó un edificio de material ligero en una hectárea de terreno que

nos donó el Gobierno. El 87 el P. Fernández, á quien ya acompañaba el P. Daniel, puso los fundamentos de un templo cuyos cimientos son de granito y sus muros de cal y ladrillo.

Los trabajos materiales no han sido un obstáculo para que los misioneros se dediquen á sus tareas apostólicas. El número de indígenas, feligreses de aquella Misión, será de 3 á 4,000; el número de bautizados hasta el año pasado, subía á 1,565; de suerte que añadiendo los que se han bautizado en las últimas correrías de primavera y verano de este año, llegará á muy cerca de 2,000. Añádase á esto que, desde la fundación de la Misión hasta hace dos años, los misioneros desempeñaban el oficio de párrocos. Como se ve, el recargo de trabajo para el misionero ha sido exorbitante; tanto que muchos días, especialmente los domingos, apenas podía comer algo y á la ligera.

Aun hay más; el local que antes servía de capilla se ha convertido en un gran salón para colegio, en que reciben educación cristiana unos 130 niños del pueblo, y en estos meses últimos se ha principiado á recibir hueñicitos internos, porque el Gobierno lo ha dotado con cuarenta pesos mensuales.

La ciudad de Traiguén es bastante populosa, atendido el poco tiempo que cuenta desde su fundación, catorce á quince años; es muy comercial por la enorme cantidad de trigo que se cosecha en las muchas haciendas circunvecinas.

Desde Traiguén fuimos á Lumaco, Misión que cuenta en sus límites 4,000 indígenas; de éstos, hasta el 16 de Noviembre del año pasado, se habían bautizado 1,457, y añadiendo á esta cifra los que se bautizaron en las correrías que practicó el misionero en los tres ó cuatro meses hábiles que siguieron, subió á muy cerca de dos mil.

De modo que queda aún la mitad del rebaño fuera del redil. Debo advertir que si el número de bautizados no es más subido es porque en esa Misión casi siempre ha habido un solo misionero, porque los indios de Lumaco son los que menos se prestan para ser civilizados y bautizados: son los más amantes de su independencia. Que lo diga sino la intentona de Malón, el 82, sobre el pueblo de Lumaco, en que no habría quedado títere con cabeza si no llega oportunamente fuerza de línea.

En el pueblo tuve que admirar su regeneración; digo su regeneración, porque el 86 estuve allí y lo encontré sumamente decaído, en razón de que habiéndose retirado la tropa que el Gobierno tenía para mantener á raya la belicosidad de los indios, la pobreza había invadido al pueblo; por lo que sus habitantes habían emigrado; lo que quiere decir que antes no cultivaban los campos, y se mantenían de la *chaucha* (moneda de veinte centavos) que el militar hacía circular en el comercio. En aquel año lo mejor que había en Lumaco, respecto á edificios, era el cuartel, el mejor de aquellas localidades, capaz de hospedar un numeroso batallón con toda comodidad, pues ocupa todo un lado de la plaza y es de dos pisos: entonces estaba casi inhabitado, como está ahora, porque los indios ya no son los niños temibles de antes. Ahora Lumaco está rejuvenecido, y hay muchas casas de reciente construcción; un regular comercio y su agricultura es el factor principal.



El jueves amaneció hermosísimo, como convidando á los mapuches para reunirse en la Misión. Efectivamente, desde temprano fueron llegando en grupos como que venían de distintas Reducciones: el cacique Coña Raymang de Queltrahue llegó con 40, Santos Huentonide Pottrahue con 10, José Paillama de Cohihueco con 20, Andrés Marín de Llobcoyan con 50. Total entre hombres y mujeres, 120. Las mujeres llevaron 41 párvulos que se bautizaron ese día, y se confirmaron juntos con seis neófitos. Con rarísima excepción, todos eran bautizados y casados según rito católico, por lo que no hubo plazas que rendir ni bandera que arriar.

otras Misiones, había visto mujeres mapuches tan lujosamente vestidas como bien adornadas. El chamal y manteleta (su vestuario ordinario) no eran de tela ordinaria, hecha por ellas mismas, como generalmente acostumbran, sino de paño fino. Ricos collares de plata bien labrada rodeaban su cuello, del cual pendía una especie de pectoral del mismo metal que concluye con una cruz griega; los brazaletes estaban además enriquecidos con perlas, finas ú ordinarias no lo sé, porque no soy entendido en la materia, pero muy vistosas; los anillos ó eran de plata ó de clin con dibujos; todo trabajado por los mismos indios, excepto el paño.



SIRIA. — Harab ech-Chams, iglesia del siglo V. (Pag. 16)

En una breve exhortación los animé á que perseveraran en su fe, siendo buenos y ejemplares católicos, para que los mapuches que aun no lo eran lo fueran lo más pronto, pudiendo ser ellos los apóstoles de sus compatriotas.

Aquí no hubo *lunch*, porque el misionero no tenía novillo ni animalito que se le parezca, pues la Misión es tanto ó más pobre que la de Cholchol. Para librarse de la exigencia del *lunch*, después de Misa los mandó al pueblo en busca de padrinos y madrinas para los bautizos y confirmaciones, advirtiéndoles que á la una en punto debían estar en la Misión para la distribución religiosa. Fueron exactos: á la hora indicada volvieron, sin que uno solo se hubiera excedido en el licor, con un buen número de señoras, señoritas y caballeros que gustosos se prestaban para ser compadres de los pobres mapuches.

En ninguna de las otras reuniones, habidas en las

Desde Lumaco fuimos, experimentando no pocos percances en el viaje, á Purén, Cañete y Angol, visitando las estaciones, y quedando complacidos por el estado de las mismas.

## LETRAS APOSTÓLICAS DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEÓN XIII

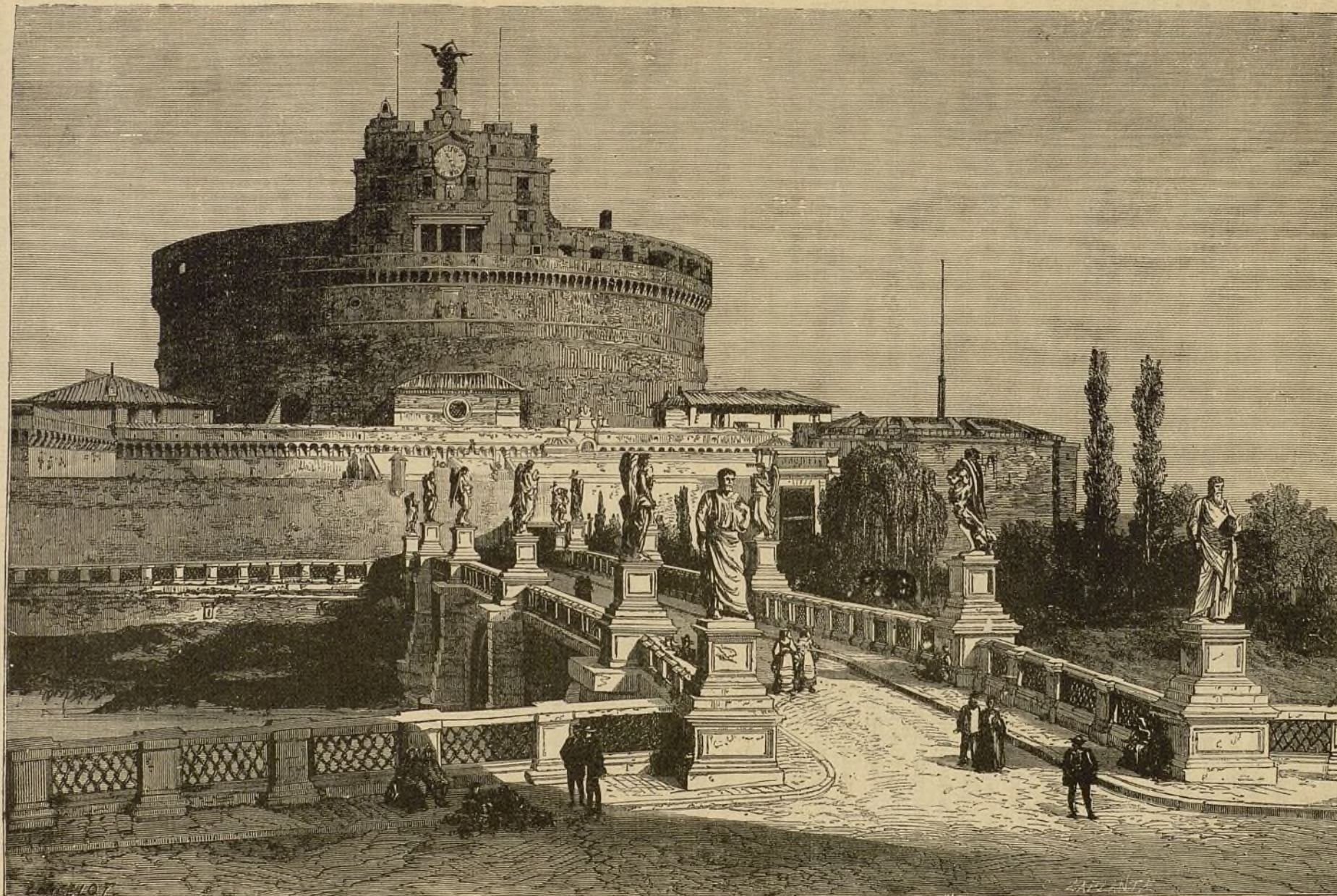
PAPA POR LA DIVINA PROVIDENCIA

SOBRE EL PATRIARCADO DE ALEJANDRÍA DEL RITO COPTO

LEÓN, Obispo, siervo de los siervos de Dios, *ad perpetuam rei memoriam*.

Nos trabajamos sin cesar, según el deber sagrado de nuestro cargo, en meditar la divina caridad y en hacer progresar la obra saludable de Nuestro Señor





ROMA.— PUENTE Y CASTILLO DE SANT-ANGELO

(Pág. 23)

Ayuntamiento de Madrid



Jesucristo, Redentor del género humano, que ha fundado y que conserva á la Iglesia. Debémosle y le tributamos vivas acciones de gracias por la benevolencia con que El nos ha asistido en medio de nuestros trabajos, cuyo objeto es llevar ó restablecer la fe católica entre los pueblos, ó afirmarla y acrecentarla. Nos le damos gracias, muy especialmente por habernos dado desde hace dos años ocasiones que nos han permitido difundir la Religión católica con más ardor y actividad. Los medios que hemos estimado convenientes á este fin, y muy especialmente el envío de Letras Apostólicas, ya Encíclicas, ya particulares, no han sido estériles gracias á la misericordia de Dios, y perseverando en esta tarea vemos cada día, con mayor confianza, realizarse más y más nuestro votos.

En estos momentos, y entre otras naciones, Nos miramos con especial afecto al pueblo é Iglesia coptos, y Nos nos proponemos adoptar, en virtud de nuestra autoridad apostólica, ciertas decisiones particulares en interés y para gloria de aquella nación.

Nos nos hemos dirigido á ella hace pocos meses en una carta particular, y Nos la hemos animado recordándole los venerados recuerdos de la Iglesia de Alejandría. A ello nos guiaba entonces un doble objeto: confirmar por nuestra benevolencia y nuestras exhortaciones la unión de los católicos en la fidelidad de la Sede Apostólica; invitar á los disidentes á buscar y á recobrar esa misma unión. En estos dos aspectos Nos hemos tenido ocasión de regocijarnos viendo los resultados responder á nuestra esperanza.

Los católicos desde luego, como era justo, nos han dado testimonio de viva sumisión, de piedad verdaderamente filial y de un grande reconocimiento por habernos dado, accediendo á sus deseos, un Obispo de su nación con el título de Vicario apostólico, nuestro venerable Hermano Cirilo, Obispo de Cesárea y de Paneas. Para demostrarnos más claramente esos sentimientos, formaron el propósito de enviarnos una delegación pública. Nada, seguramente, podía ser más honroso para ellos ni más agradable para Nos.

Y en efecto, en el mes de Septiembre último Nos recibimos una Delegación de los coptos, cuyos miembros fueron elegidos entre las diferentes clases de la nación y estaba presidida por dicho venerable Hermano. Estos enviados nos causaron grande alegría, haciéndonos saber y confirmandonos el celo, el respeto y la sumisión que les animaba hacia esta Sede del Bienaventurado Pedro y los sentimientos de igual naturaleza de todos sus conciudadanos, de que aquéllos eran intérpretes. Nos hemos sentido vibrar en lo más profundo de nuestra alma un afecto paternal, viendo la confianza con que ellos nos exponían su situación y la de sus hermanos disidentes, solicitando y esperando de Nos un poderoso apoyo. Ellos nos manifestaron también que el resultado esperado se lograría más seguramente, si como nos lo pedían con vivos y humildes ruegos, un decreto emanado de nuestra autoridad restableciese en Egipto la jerarquía católica y la dignidad patriarcal.

Más de un motivo nos ha impulsado á acceder á su petición como justa y oportuna. Pues, efectivamente, puede hacerse constar que la Religión católica hace cada día mayores progresos en Egipto; que el número de

seminaristas y sacerdotes indígenas va en aumento, lo que es de la mayor importancia; que las escuelas y otras instituciones del mismo género, al asegurar la buena educación de la juventud, se multiplican; que el amor y el culto de la Religión florecen en las almas más y más cada día, produciendo con una abundancia sin cesar crecientes frutos benditos. En esta tarea el ardor y los trabajos del clero encuentran un apoyo y un concurso lleno de abnegación en muchas Congregaciones religiosas, y en este sentido Nos debemos conceder el elogio que ellos merecen á los Franciscanos que desde hace largo tiempo trabajan en aquel país, á los miembros de la Compañía de Jesús y á los misioneros de Lyon que Nos mismo hemos cuidado de enviarles como auxiliares.

Si la jerarquía se ha restablecido entre los coptos, siquiera sea en parte, si se ponen á su cabeza pastores seguros, la vigilancia y la previsión de éstos, que podrá ejercerse de un modo eficaz y fácil, harán descender sobre el clero y sobre el pueblo gran número de ventajas. El restablecimiento del cargo patriarcal será, sobre todo, eficaz, porque la elevación de esta dignidad levantará en la opinión el esplendor de la Iglesia copta católica, y porque ella será poderosa para estrechar en toda la nación los vínculos de la fe y de la fraternidad.

Nos, por lo tanto, después de haber examinado seriamente este asunto, y haber deliberado con el Consejo ó Comisión de Cardenales de la Santa Iglesia romana, que Nos hemos designado para favorecer la reconciliación de los disidentes con la Iglesia, Nos hemos juzgado conveniente hacer justicia á la petición de los coptos.

Así, para el acrecentamiento de la gloria del nombre divino, para el progreso de la fe y de la comunión católica, después de una completa información, y obrando por propio impulso y en la plenitud del poder apostólico, Nos restablecemos y Nos constituimos el Patriarcado de Alejandría, del rito copto, y á éste y á todos aquellos que sean revestidos de esta autoridad, Nos otorgamos todos los honores, todos los privilegios, prerrogativas, títulos y todo el poder á que de un modo general da derecho esta dignidad en el rito oriental. Sobre este punto serán dadas oportunamente prescripciones particulares por la Autoridad eclesiástica. Entre tanto, Nos hemos acordado que dos Sedes episcopales sean sufragáneas de la Sede patriarcal: una en la ciudad de Hermópolis la Grande, comúnmente llamada Minieh; la otra en Tebas-Diospolis ó Luqsor.

De este modo el patriarcado se compondrá de tres diócesis: la patriarcal de Alejandría, la de Hermópolis y la de Tebas. Nos mismo y nuestros Sucesores conservaremos el derecho pleno y exclusivo de crear otras diócesis arzobispales ó episcopales, y el de modificarlas según la necesidad ó el interés de la Iglesia.

Nos decidimos y ratificamos que el Patriarcado copto de Alejandría así constituido, se extienda á todo el virreinato ó jedivato de Egipto propiamente dicho, de la provincia donde predicó San Marcos.

En cuanto á los límites de cada una de las diócesis que Nos hemos nombrado más arriba, nos place definir las así: la diócesis patriarcal de Alejandría comprenderá el Egipto inferior y la ciudad de El Cairo, teniendo por límites al Norte el mar interior ó Mediterráneo;



al Este el canal de Suez; al Sur el trigésimo grado de latitud, y al Oeste la Tripolitana, provincia del Imperio otomano.

La diócesis de Hermópolis se extenderá en el Egipto Medio. Al Norte, confinando con la diócesis patriarcal; al Oriente, con el golfo de Suez; al Mediodía, limitada por un círculo, cuyo centro se halla próximamente entre el 27 y 28 grados de latitud Norte, donde se encuentra la comarca llamada *Saccit Mussé*, cerca del Nilo, cuya región deberá también depender de la misma diócesis, y al Occidente tendrá por límite la Libia.

La diócesis de Tebas, que se extiende por el Egipto Superior, estará limitada al Norte por la de Hermópolis; al Oriente por el golfo Arábigo; al Sur por el 22 grado de latitud Norte; y al Oeste por el desierto de Libia.

Nos reservamos á esta Sede Apostólica el derecho de designar por la primera vez al Patriarca y á los Obispos sufragáneos. Entre tanto, y mientras se haga esa designación, Nos ordenamos que todos los católicos del rito copto que se encuentran en todo el Egipto sean administrados por el mismo venerable Hermano Cirilo, que posee el título y la autoridad de Vicario apóstolico.

Nos nos regocijamos vivamente en el Señor por haber podido restablecer de este modo el patriarcado de Alejandría en favor de los coptos, y con tanta mayor satisfacción cuanto que el recuerdo de esta Iglesia nos es de los más agradables. Fué Marcos, el discípulo é intérprete del Bienaventurado Pedro, quien la fundó y gobernó santamente. De aquí el vínculo magnífico y muy estrecho que, como Nos hemos dicho ya, une dicha Iglesia á la de Roma: gracias á este vínculo aquella fué tan ilustre y durante largo tiempo floreciente entre todas, por la excelencia de su doctrina y por el esplendor de las virtudes que allí se practicaban. Por esta razón Nos deseamos vivamente que los coptos disidentes consideren delante de Dios que de la jerarquía católica descende la verdad; que ella sola puede, á causa de su unión con la Cátedra del Príncipe de los Apóstoles, hacer revivir legítimamente la Iglesia fundada por Marcos; que ella sola es la heredera de toda la tradición transmitida por los antiguos al patriarcado de Alejandría. Quiera Dios que, como permiten esperar sus buenas disposiciones y la gracia divina, que renunciando, por fin, á las divergencias á que les han conducido la serie de los siglos, vuelvan aquellos disidentes á la unión con la Iglesia romana, que les espera con los deseos de una ardiente caridad.

Nos queremos que estas Letras y todas las prescripciones que ellas encierran no puedan jamás ser tachadas por alguna supresión ó modificación, ó por algún defecto que desfiguren nuestras intenciones; ellas deben permanecer siempre firmes y valederas, y producir sus efectos respecto de todos, y por todos ser observadas, cualquiera que sea la dignidad de cada uno. Nos decretamos que ellas sean valaderas, no obstante todas las prescripciones apostólicas y las que hubieran sido fijadas en los Concilios sinodales, provinciales ó universales, sean dichas prescripciones generales ó particulares, y no obstante todas las decisiones contrarias, aun especialmente mencionadas. Nos derogamos completamente todas esas decisiones en cuanto sea necesario; y

Nos decretamos que si alguno, cualquiera que sea su autoridad, atenta á sabiendas ó sin saberlo á estas prescripciones, todo lo que haga sea nulo y de ningún valor.

Nos queremos que á los ejemplares aun impresos de estas Letras, siempre que estén firmados de la mano del notario y provistos del sello de un dignatario eclesiástico, se les preste la misma fe que á la expresión de nuestra voluntad manifestada en las presentes.

Dado en Roma cerca de San Pedro el día sexto antes de las kalendas de Diciembre del año 1895 de la Encarnación de Nuestro Señor, y de nuestro pontificado el décimooctavo.

A. Cardenal BIANCHI, *Pro-Datario*.—C. Cardenal DE RUGIERO.

## VIAJE EN LA SIRIA SEPTENTRIONAL

A LAS RUINAS CRISTIANAS DE LOS SIGLOS IV, V Y VI

POR EL R. P. JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

### XIII

**Zug el-Kebir, Harab ech-Chams, Cloteh**

HABIENDO salido de Alepo por la tarde, seguimos durante una hora la pista de las caravanas de Alejandreta, y luego nos dirigimos hacia el Norte. Al anochecer entramos en la población musulmana de Anadan, y pedimos al jeque un guía para Zug el-Kebir, donde queríamos pasar la noche. Mas era aquel día fiesta musulmana, y nadie quería privarse de los regocijos nocturnos. Por fin hallóse un guía, que nos dirigió durante dos horas de completa obscuridad á través de colinas pedregosas; luego mostrónos la dirección y nos abandonó. Comprendimos que serían inútiles todos los ruegos que le hiciéramos, pues durante el camino nos dijo que los yesidas habitan en Zug el-Kebir.

Finalmente una luz apareció en la altura, y oyéronse voces y una música. A orillas del camino se dibujaban algunas ruínas: estábamos al pie del ribazo de Zug el-Kebir.

Era de ver el asombro de los habitantes cuando, distraídos de su fiesta por los pasos de nuestras cabalgaduras, nos vieron á la luz de sus fuegos dirigirnos resueltamente hacia ellos. Paró el baile, cesó la música, y hubo un momento de vacilación. Primero los niños y luego algunos de los mayores se nos acercaron: su aspecto era harto salvaje.

—¿A qué venís? me preguntaron. ¿Cómo llegáis aquí sin soldados? ¿Ni siquiera tenéis fusiles! Nunca se vió tal cosa en este país.

—Venimos para estudiar las ruínas: no tenemos temor alguno porque vosotros sois honrados, y no pretendemos haceros daño. Solamente os pedimos nos proporcionéis agua, pan y leche.

Tal fué el diálogo, que se repitió no pocas veces al llegar á las aldeas y los campamentos aislados de las montañas.

Grandes y pequeños nos ayudaron á montar la tienda. Despedimos á los niños con algunos pedazos de galleta, y conversamos con los mayores, que con toda llaneza se sentaron en la tienda. No era posible sus-





ALTA CIMBABASIA.—Couloi ú Otquitando, río de Casinga. (Pág. 6)

traerse á la imprevista velada, por grande que fuese nuestra fatiga. Estos hombres no son musulmanes, pero procuran parecerlo á fin de evitarse vejaciones: al efecto toman del Islam las prácticas exteriores que no molestan.

—Bailamos esta noche, decían, porque es una fiesta de Mahoma. El día de Batram sacrificaremos el carnero y tocaremos el tambor: á esto se reduce todo.

Zug el-Kebir (Zug el Grande) fué grande sin duda, como lo indica la extensión de sus ruínas; mas hoy sólo es un lugarejo de cuatro ó cinco viviendas construídas con materiales viejos, y otras tantas tiendas semejantes á las de los beduínos. Nada de particular nos enseñan sus ruínas, sino es que en los edificios antiguos de estas regiones lo último que cae es la puerta. Los dos gruesos pilares plantados en tierra, y el enorme dintel que constantemente la forman, por su enorme masa han desalentado á los demolidores y desafiados los terremotos. Quedan todavía unos cincuenta en pie, en medio de muros informes y de innumerables cisternas.

Desde la parte superior del ribazo tuvimos la grata sorpresa de ver á nuestros pies, en el valle de Poniente, una hermosa iglesia casi completa, toda de piedra gris y blanca, perfectamente limpia, sin mancha de líquen ni hierba en las juntas. (V. el grabado de la página 12). Instintivamente mira el viajero si hay operarios, para saber si se trata de una iglesia en construcción ó en ruínas.

Por lo demás, atendida su forma de basilica y la

sencillez de su estilo, el monumento se asemeja á muchas iglesias construídas por nuestros arquitectos eclécticos del siglo XIX. Cinco capiteles son jónicos, uno corintio y dos simplemente cónicos con hojas en los ángulos: sencillas molduras coronan los pilares que terminan las hileras de columnas.

A corta distancia, algo arriba, hay una capilla tan



SIRIA.—Harab ech-Chams.—Puerta de edificio

perfectamente conservada, que sería suficiente restablecer el maderamen del techo y de las aberturas para ponerla en estado de servicio. Su ábside saliente y abo-



vedado le da un aspecto común á no pocas de las capillas antiguas de varios países de Europa. Se ve á lo lejos en el grabado de la pág. 12.

En medio de las ruinas una puerta aislada, de grandes dimensiones, con adornos paganos de escultura, nos revela que estos sitios fueron habitados antes de la era cristiana.

Sin duda desde hace mucho tiempo Harab ech-Chams, tal es el nombre de la localidad, está enteramente desierta; pues si hubiese conservado habitantes los edificios estarían menos intactos.

Cloteh, otro centro de ruinas más vastas y ricas, se oculta, á media hora de distancia, en las altas malezas y los corpulentos olivos de una meseta desierta. Su espaciosa iglesia es del mismo estilo que la de Harab ech-Chams, pero las esculturas de ornamentación son más numerosas y su ejecución es notablemente esmerada. Una línea de ventanas da luz á las naves menores, y á cada lado de las puertas laterales hay aún las consolas que sostenían los techos de los pórticos. Hermosos capiteles corintios coronaban las columnas y los pilares del interior.

El edificio más bello era verosíblemente la vasta iglesia cuyas ruinas se ven en un montecillo aislado, al Sudoeste de la ciudad: fustes de columnas, acanaladas de diversas suertes, atestiguan el lujo de su arquitectura. A unos cincuenta pasos al Sur se levantaba en un terraplén cuadrado un pequeño edificio octógono rodeado de columnas: de él sólo quedan en pie algunos lienzos de pared y las basas de las columnas. ¿Sería acaso un baptisterio? ¿y la iglesia vecina sería tal vez una catedral,



ALTA CIMBEBASIA.— Un Hermano de la Misión montado en buey (Pág. 6)

gia y la disciplina de la Iglesia latina, á fin de arribar de esta suerte á la unificación absoluta de los ritos por la absorción de todos los del Oriente en el rito latino.

Esta concepción de una unidad sin variedad enderezada, según el pensamiento de algunos, á hacer más estrechos y más íntimos los vínculos que unirán el

pues sabido es que hasta el siglo IV la administración solemne del bautismo estuvo reservada al Obispo?

A la derecha y en el lado opuesto de un valle hay otras ruinas importantes, que nos designaron en Alepo con el nombre de Bordj el-Hass. Pero no todo se puede admirar á un tiempo: aquí, como en la Exposición universal, es preciso circular.

#### QUÉ SE DEBE ENTENDER

#### POR LA UNIÓN DE LAS IGLESIAS

TRATÁNDOSE de la unión de las Iglesias orientales con la Iglesia Romana, conviene tener presente que no se exige que aquellas, para efectuar su unión, abandonen sus costumbres litúrgicas y disciplinarias y adopten la litur-



INDOSTÁN.— Misionero cruzando el río en una tuga. (Pág. 6)



Oriente con el Occidente, ha podido seducir á ciertos espíritus poco al corriente sin duda de la legislación canónica de la Iglesia en materia de ritos, ó imbuídos de preocupaciones poco favorables á las Iglesias orientales; pero ella jamás ha sido aceptada por los Soberanos Pontífices, quienes en todos sus actos relativos á la unión, han expresado siempre con claridad su voluntad de conservar las antiguas costumbres litúrgicas y disciplinarias de Oriente, conforme lo acaba de hacer León XIII, después de sus antecesores. No sólo no han concebido la unión en el sentido estrecho de la unificación de los ritos en provecho del latino, sino que siempre se han opuesto, y algunas veces muy severamente, á las tentativas de los que hubieran querido ver realizada semejante concepción.

El solo hecho de la existencia de las Iglesias orientales unidas, que todas han conservado sus costumbres particulares, y á las que los Soberanos Pontífices han prohibido rigurosamente cambiar ninguna de ellas, demuestra perentoriamente que la unión no debe entenderse en el sentido de que hablamos.

Es evidente, por otra parte, que esta unificación absoluta de los ritos y de la disciplina no es necesaria en manera alguna á la unidad de la Iglesia, tal como la ha querido su Divino Fundador. Por el contrario, lejos de dañar en manera alguna á esta unidad, según lo declaró Pío IX en 1862, «la múltiple variedad de los ritos sagrados, con tal que sean legítimos, contribuye poderosamente á acrecer la dignidad, la majestad, la gloria y el esplendor de la Iglesia católica.»

Pero hay más todavía: los orientales profesan por las antiguas costumbres de sus padres en la fe una adhesión tal, que exigir de ellos un sacrificio en este punto, es poner un obstáculo insuperable á la unión. Los Soberanos Pontífices no lo han ignorado, y de ahí es que en todo tiempo condenaron á los partidarios de la latinización del Oriente.

No es ni más necesario ni más fácil, para asegurar la unión, llegar al menos á la unificación de todos los ritos orientales fundiéndolos en uno solo. Que esto no sea necesario, es bastante evidente por sí mismo; que no sea más fácil, se demuestra por la adhesión de los orientales á sus costumbres particulares, y sobre todo, por el hecho de que en Oriente el rito se ha convertido en sinónimo de nacionalidad. Querer unificar los ritos orientales, conforme algunas veces se ha opinado, sería lo mismo que querer confiscar todas las nacionalidades cristianas del Oriente en provecho de una de ellas, en lo que nunca consentirán los orientales.

Se trata, pues, únicamente, en la cuestión que versa sobre la unión de las Iglesias orientales con la Iglesia romana, de acercar á las Iglesias disidentes á la unidad de la fe en la unidad de la caridad, por el reconocimiento de la supremacía espiritual conferida por el mismo Nuestro Señor Jesucristo á San Pedro y sus Sucesores en el trono apostólico. Precisamente porque en el hecho no reconocen esta supremacía del Pontífice Romano, es por lo que las Iglesias disidentes de Oriente están separadas de la comunión católica. Algunas de entre ellas, es cierto, como la Iglesia nestoriana, la Iglesia armenia gregoriana, la Iglesia siro-jacobita y las Iglesias copta y abisinia monofisitas deben su ori-

gen á las herejías de Nestorio y de Eutiques, pero estas herejías hoy no entran por nada en el hecho de su separación; permanecen separadas porque siempre lo han estado así, sin darse cuenta exacta de los motivos de su separación. En cuanto á las otras Iglesias no unidas, nunca han sido condenadas por la Iglesia como hereéticas, y se hallan separadas de ella únicamente á consecuencia del cisma inaugurado por Focio y consumado por Miguel Cerulario. Que todas estas Iglesias vayan, pues, á reconocer la supremacía espiritual del Soberano Pontífice, y sin cambiar nada en la forma exterior de su culto, que para ellas es hoy casi toda la religión, se unirán á la Iglesia católica y formará parte del único rebaño de Jesucristo, del propio modo que las Iglesias unidas que tienen, lo repetimos, el mismo rito, la misma disciplina y las mismas leyes litúrgicas que ellas.

Entendido en este sentido, que es el único verdadero, la cuestión de la unión es tan antigua como la misma separación; en todos tiempos los Soberanos Pontífices se han esforzado en conducir á la Iglesia los pueblos de Oriente, y sus esfuerzos han logrado favorable éxito, como lo prueba el hecho de la existencia de Iglesias orientales unidas.

El mayor número de estas Iglesias orientales unidas son, en efecto, de reciente origen. A excepción de la Iglesia maronita que se gloria, no sin razón, de haber permanecido siempre católica, y de la Iglesia griega melquita católica, á lo menos en el patriarcado de Antioquía, las otras Iglesias unidas se han constituido, por su vuelta á la unidad, en fracciones más ó menos importantes de las Iglesias separadas. En los siglos XVII y XVIII recibieron su actual organización, como la Iglesia griega melquita católica; pero sobre todo en la segunda mitad de este siglo es cuando han realizado progresos serios después de haber sacudido el yugo de los Patriarcas no unidos, que habían conservado el gobierno temporal cerca de la Sublime Puerta después de la toma de Constantinopla. Antes del período de que aquí se trata habían tenido retornos parciales, algunas veces hasta uniones en masa, como en el Concilio de Lyon en 1275, y en el de Florencia en 1439, en que se vió casi á todas las Iglesias disidentes seguir el ejemplo de los griegos y volver á la unidad. Desgraciadamente estas uniones no fueron sino de corta duración, y la acción del Papa sobre estas Iglesias se encontró entorpecida mucho tiempo por la dominación musulmana, de que los Soberanos Pontífices fueron los más poderosos adversarios.

Hoy la situación política de Oriente felizmente se ha modificado; el imperio turco está abierto como las otras naciones á la influencia europea, y los pueblos de Europa arrastrados al cisma por Constantinopla, se dejan penetrar igualmente por la civilización y las ideas occidentales. La Santa Sede no podía dejar de aprovechar este estado de cosas tan favorable para trabajar en hacer más florecientes las Iglesias orientales unidas, y para invitar á la unión con más empeño que nunca á las que todavía no han vuelto. Así se ha visto á los Papas del siglo XIX volver más y más sus ojos al Oriente, y enviar misioneros y no despreciar ocasión alguna para que germine en las demás el deseo de la unión. Pío IX y León XIII particularmente se han interesado en esto,



como lo demuestran los actos numerosos de su solicitud respecto á las Iglesias orientales. De aquí es que la cuestión de la unión, un poco perdida de vista en los países occidentales aun cuando el Papado continuara interesado en ello, ha entrado en una faz nueva y adquirido sobre todo en nuestros días, á consecuencia de los Congresos de Jerusalén y de Reims, de las conferencias Patriarcales y de las Encíclicas de León XIII, viva actualidad.

*Síntomas consoladores.*—El grito ¡Viva el Papa! que últimamente se ha oído á los cismáticos griegos, á consecuencia de la elección del último Patriarca de Constantinopla, no es el único síntoma de un gran cambio religioso que en aquellos países se observa. Varios griegos se han presentado al nuncio Mons. Bonetti, manifestándole que desean abrazar el Catolicismo.

La Iglesia puede sufrir todas las vicisitudes, incluso el martirio, del que salen purificados los fieles; lo que no puede consentir es la mofa que de ella se hace por los intrigantes eclesiásticos del cisma bizantino, convertidos en auxiliares y en aduladores de los turcos.

No han podido publicarse en ocasión más oportuna las Letras apostólicas llamando á la unión á los cristianos griegos disidentes.

## LA IGLESIA ARMENIA UNIDA

**A**hora que la cuestión armenia preocupa seriamente á toda la Europa, creemos de sumo interés para los católicos dar á conocer las condiciones en que se encuentra aquella Iglesia con respecto á los pueblos de Armenia.

El Papa, como es sabido, ha levantado la voz en defensa de aquel pueblo cristiano del Asia, sin distinción entre armenios unidos y armenios cismáticos.

Para no dar lugar á erróneas interpretaciones y á inexactas apreciaciones, expondremos las condiciones de la Iglesia armenia unida.

El Papa Benedicto XIV fué el que confirmó en 1742 al Patriarca de los armenios católicos con el título de Patriarca de Cilicia. Este estableció su residencia en el Líbano, Brommar, donde sus sucesores residieron hasta en el año 1866.

Su jurisdicción se extendía á la Cilicia, Pequeña Armenia, Capadocia, Siria y Mesopotamia, pero no á las otras provincias del Imperio turco.

Los armenios católicos de estas otras provincias estaban bajo la jurisdicción del Arzobispo armenio de Constantinopla.

Pero cuando en 1866 Mons. Hassun, arzobispo armenio de Constantinopla, fué elegido Patriarca de Cilicia, se unieron en una jurisdicción eclesiástica las dos ramas de la Iglesia católica armenia, y Pío IX asignó á Constantinopla como nueva residencia del Patriarcado de Cilicia.

Este Patriarcado tiene hoy bajo su jurisdicción todos los armenios unidos; es decir, los católicos del Imperio turco, de Persia y de Rusia. La Iglesia armenia unida cuenta 18 entre archidiócesis y diócesis; 5 arzobispos: Constantinopla, Alepo, Diarbekir, Ispaham (Persia), Mardin (Mesopotamia); 13 obispos: Adana y Tarso,

Angora, Brussa, Cesárea de Capadocia, Erzerum, Marach, Monch, Siva (Sebaste), Tokat, Trebisonda, Karpurth, Malatia (Melitene) y Alejandría de Egipto; todas, archidiócesis y diócesis, de rito armenio.

Hay además Vicariatos patriarcales armenios en Constantinopla, Jerusalén, Berito, Brommar é Ispaham. A dichas diócesis hay que añadir la de Artuin, en la Armenia rusa.

Los armenios católicos residentes en Austria son unos 7,000, y los residentes en la diócesis rusa de Tiraspol son unos 24,000; pero éstos, como los pocos que residen en Italia, no dependen del patriarcado de Cilicia. Toda la población católica armenia no excederá de 200,000 fieles.

El actual patriarca de Cilicia, Mons. Azarian, representa, cerca del Sultán, los intereses civiles, no sólo de la Comunidad armenio-católica, de que es jefe, sino que por convenio estipulado el 1866, tiene además la representación civil, cerca de la Sublime Puerta, de todas las demás Comunidades católicas de rito oriental que existen en el Imperio turco; es decir, de los griego-melquitas, de los caldeos, de los maronitas, etc.

Los armenios separados ó gregorianos, secuaces de la herejía de los *monofisitas*, constituyen la mayoría de la nación y dependen del Patriarca de Esch-Miadzin, el cual lleva también el título de *Catholicos*.

En las solas diócesis del imperio turco, los armenios gregorianos alcanzan el número de 1.739,000. La Sede de su patriarcado se halla en territorio ruso, y por esto la jerarquía armenia cismática está bajo la influencia de la política moscovita. A pesar de esto, los rusos consideran á los armenios como herejes, porque siguen, según llevamos dicho, el error de la antigua secta de los *monofisitas*, y no admiten las dos naturalezas en la persona de Jesucristo.

Parece que los rusos no se preocupan mucho de la divergencia religiosa y dogmática que existe entre los armenios *monofisitas* y la ortodoxia greco-eslava, porque aquella herejía, aunque profunda y radical, no turba en nada los planes y perspectivas de la política rusa.

El Patriarca armenio gregoriano de Constantinopla es de orden secundario respecto al de Esch-Midzin; pero representa civilmente, cerca de la Sublime Puerta, á todos los armenios no unidos súbditos del Sultán.

## LA JERARQUÍA CATÓLICA

**E**sta se compone de un Soberano Pontífice, que felizmente lo es el inmortal León XIII.

Al rededor de S. S. se halla el Sacro Colegio de Cardenales, que se divide en tres órdenes: el orden de Obispos, que se compone de seis títulos cardenales; el de sacerdotes, comprende 50 títulos; y el de diáconos, 16.

Los Patriarcas son: de Occidente, Alejandría, Antioquía, Jerusalén, Constantinopla, Babilonia, Cilicia, Indias Occidentales, Lisboa y Venecia.

Después de los Patriarcas siguen los Arzobispos, que presiden las provincias metropolitanas; de éstas pertenecen al rito latino 12, dependientes inmediatamente de la Santa Sede, y 129 tienen provincias eclesiásticas.



Del rito oriental existen un Arzobispo armenio, un greco-romano y otro greco-ruteno, tres griegos melquitas y un siro-maronita; estos cuatro últimos dependen de los Patriarcas orientales.

Existen 740 diócesis ú obispados, gobernados por otros tantos Prelados.

Entre estos Obispos, seis gobiernan las diócesis suburbicarias de Roma, 84 dependen inmediatamente de la Santa Sede, 571 son sufragáneas de las diferentes provincias eclesiásticas. Y todas del rito latino.

El rito oriental cuenta con 16 Obispos armenios, ocho greco-melquitas, tres greco rumanos; cinco greco-rutenos, de los cuales uno depende inmediatamente de la Santa Sede; un greco-búlgaro, 11 siriacos, 12 sirio-caldeos y siete sirio maronitas.

países presenta nueva forma de diplomacia, que no solamente se exige á los príncipes, sino á los pueblos y al Episcopado de los países que se hallan en determinadas condiciones, y el cardenal Satolli bastaría para recomendar esa institución, que en América produce tan excelentes resultados.

Monseñor Francisco Satolli, que ha sabido captarse las simpatías y el respeto de todas las clases en la gran República, nació en Marciano de Umbría en 1839. Su familia era de pobres labradores, que habían conseguido ver á uno de sus hijos abrazar el estado eclesiástico. El joven Francisco logró ingresar como alumno en el seminario de Perusa; donde se veían ya los resultados del plan de estudios organizado por el actual Sumo Pontífice, donde explicaba también el P. José Pecci, que



INDOSTÁN.—Templo antiguo de Pendjab. (Pág. 6)

También existen Sedes arzobispales y episcopales *in partibus infidelium*. De las primeras se cuentan 48, y de las segundas existen 293.

Finalmente, los vicariatos apostólicos ascienden á 300, á 5 las delegaciones y á 22 las prefecturas.

### EL CARDENAL SATOLLI

DELEGADO APOSTÓLICO EN LOS ESTADOS UNIDOS

NINGUNA diplomacia como la pontificia, que no se entretiene en las artes necias de cortes y palacios, sino que va siempre al fondo de los asuntos. La institución de los Delegados apostólicos en ciertos

falleció ha pocos años revestido de la púrpura romana.

El estudiante, ya presbítero y concluida su carrera, fué párroco en tres distintas iglesias, sin abandonar el cultivo de la filosofía tomística, la preferida por él entre todas las doctrinas escolásticas. León XIII, apenas tomó asiento en la primera Cátedra, llamó á Roma á Satolli, y descubriendo sus talentos diplomáticos y extraordinario don de gentes, le empleó en cargos y comisiones donde pudieran aprovecharse tales dotes. Como profesor figuró Satolli en el Colegio de la Propaganda, en el Seminario Romano de San Apolinar y en el Colegio Greco-Ruteno, donde se encargó del rectorado y se puso en contacto con representantes de los más apartados pueblos del genio más opuesto al italiano.

Por último, fijando el Pontífice su mirada en el pre-



sente y porvenir de los Estados Unidos, á ninguno halló mejor que Satolli para representar en la Confederación la Sede Apostólica.

Uno de los principales dones del que gobierna es la acertada elección de los hombres. Lo que llaman los franceses el *entourage*, eleva ó abate á los príncipes de tal suerte, que con un acompañamiento de grandes hombres parecen mayores los que los eligen, y con mala elección se desacreditan los que más valen. Se ha dicho que es privilegio de los Reyes el servirse de personas tan buenas como ellos; lo mismo puede asegurarse de los buenos gobernantes. Satolli en los Estados Unidos comprendió al momento el carácter de aquel gran pueblo y de aquella Iglesia, que cuenta ya diez millones de católicos y de buenos ciudadanos.

En vano los maldicientes y envidiosos quisieron fantasear disidencias entre el Delagado y los Obispos en cuestiones de enseñanza y en otras muchas; los castillos de naipes cayeron deshechos al menor soplo. Respetó Satolli en palabras y en obras el derecho del pueblo á regirse por sí mismo, y suyas son aquellas palabras que valen por todo un programa: «Los Estados Unidos cumplirán su misión y progresarán con la Constitución en una mano y con el Evangelio en la otra.»

La actividad de Mons. Satolli pronto corrió parejas con la increíble del pueblo norteamericano. En la Universidad de Wáshington, en la Exposición de Chicago, en las Academias y en los *meetings* parecía ocupar siempre su puesto natural; en ninguna parte estaba de más ni de menos, con tal que su presencia fuese conveniente á la causa católica. Tan fructuosa ha sido para el Catolicismo la delegación apostólica en los Estados Unidos, que ya se han establecido otras en varias regiones americanas.

La promoción á la púrpura de Mons. Satolli es una honra que hace ya mucho tiempo se esperaba para el ilustre protegido de la familia Pecci, afortunado en su difícil comisión, como tal vez no lo ha sido ninguno de los Delegados de la Sede Apostólica.

## CRÓNICA

**Roma.**—La Sagrada Congregación de Propaganda ha creado una nueva Misión en la Baja California, á cargo de los sacerdotes procedentes del Seminario de San Pedro y San Pablo.

Este colegio de Misiones extranjeras fué fundado por Pío IX con destino exclusivamente á las Misiones de infieles. El Papa ha de ser siempre el Superior general; y para conservar esta supremacía de un modo más inmediato que en los demás Institutos, nombra por un tiempo determinado un Cardenal que lo gobierne, y éste á su vez los Superiores que lo rijan. Tiene en Roma la casa matriz, cuyo Superior es como el procurador general y maestro de novicios, pues aquí es donde se forman un año en el espíritu y se adiestran para la obra nobilísima de la evangelización. Nunca faltan jóvenes sacerdotes de grande espíritu que piden ser admitidos para misioneros.

—La *Civiltà Cattolica* ha empezado una serie de artículos del R. P. Brandi, acerca de la cuestión de las Iglesias latina y griega cismática. Dichos artículos se traducirán al griego moderno y se hará una edición que circulará por varios países de Oriente.

—La tipografía del Vaticano ha publicado el *Anuario pontificio* para 1896. En él vemos que León XIII, durante su pontificado,

ha erigido 1 patriarcado, el de las Indias Orientales; 29 arzobispados, 76 obispados, 2 abadías *nullius dioceseos*, 59 vicariatos y delegaciones apostólicas, y 22 prefecturas apostólicas.

**Francia.**—Copiamos: «Siempre lo mismo. No es cosa nueva la tendencia política de las Misiones metodistas inglesas y norteamericanas. El conflicto que provocaron en las Carolinas bastaría para que España supiera á qué atenerse sobre el particular. No es de extrañar, pues, más que por la audacia que revela, el que en Argelia hayan comenzado á hacer propaganda antifrancesa, hasta el punto de que, según vemos en *Le Matin*, el diputado por Orán, M. de Saint-Germain, se ha creído en el caso de llamar la atención de la Cámara y del Gobierno sobre los procedimientos de dichas Misiones. Es probable que el Gobierno francés adopte alguna medida para poner coto á estos abusos de los metodistas. Los cuales, por lo visto, van resultando una peste do quiera ponen la planta.»

**Ingllaterra.**—El presbítero francés M. Portal comenzará á publicar, para tratar de la reunión de la Iglesia anglicana y la católica, una *Revista anglo-romana*. Hablará de las cuestiones históricas, litúrgicas y dogmáticas relativas á tan importante asunto, y tomará por base la Carta de Su Santidad á la nación inglesa.

—El Obispo anglicano de Winchester ha dispuesto que se destine un altar de la iglesia de Santa Agueda de Portsmouth para ciertos ritos, que se supone sean plegarias por los difuntos: con este motivo se han sublevado los anglicanos, porque esta decisión supone que el Obispo reconoce la existencia del purgatorio. En efecto, si no hubiese más que cielo é infierno, como los protestantes creen, no habría necesidad de suffragios por los difuntos. El R. Dolling, rector de aquella iglesia, que no debe tener las mismas convicciones que el Prelado, ha presentado á éste la dimisión de su cargo.

**Samos (Turquía Asiática).**—El R. P. Dartois, de las Misiones Africanas de Lyon, nos escribe desde Samos:

«Voy á daros algunas noticias de esta isla de Samos, tan célebre en la antigüedad griega, y que después cayó por muchos años en completo olvido.

«Hace algún tiempo, para evitar á las estaciones de Egipto los gastos enormes de la vuelta á Francia de los misioneros enfermos, la Sociedad de las Misiones Africanas de Lyon instaló un Sanatorium en Samos, por reunir esta isla las condiciones convenientes. Pronto se instituyó también una parroquia y edificóse una hermosa iglesia á orillas del mar. (V. el grabado de la página 8).

«La población es de unos 50,000 habitantes, pertenecientes casi todos á la religión grecocismática. Los misioneros fueron recibidos con desconfianza, y á duras penas hallaron trabajadores que quisieran recomponer la casa-Misión, abandonada hacía quince años por fallecimiento del sacerdote católico que la ocupaba. Las cosas han cambiado desde entonces. Los misioneros se han captado las simpatías aun de los cismáticos, como de ello pudo convencerse el Obispo de Scio, de quien depende Samos, en la visita que hizo á la Misión. Los sacerdotes que la dirigen, además de asistir espiritualmente á los católicos de la isla, se proponen abrir un colegio para la enseñanza de la niñez, lo que contribuirá no poco á la propagación de la fe católica.»

**Japón Meridional.**—El R. Vigroux, de las Misiones extranjeras, nos escribe desde Tokio el 20 de Agosto último:

«Permitidme recuerde á vuestros lectores la Obra por la cual muchos de ellos se han dignado interesarse. Tenemos, en efecto, gran necesidad de su ayuda para sostenerla, pues nuestros enfermos son cada vez más numerosos.

«Nuestra ambición no se limita al hospital de Gotemba: quisiéramos tener una sucursal en Kusatsu. En esta última localidad hay aguas termales de suma eficacia, y los leprosos van allí en gran número á tomar baños. El P. Bertrand encontró muchos infelices que le suplicaron les albergase y socorriese. Después de meditarlo bien, hemos resuelto intentar un esfuerzo para satisfa-



cer sus deseos; pero sólo podremos atenderles con parsimonia, pues ante todo hay que sostener la leprosería de Gotemba.

«Tanto para la sucursal como para el primer establecimiento contamos, como siempre, con la generosidad de las almas caritativas.»

**Marruecos.**—El Eco Mauritano, hablando de la asistencia á los enfermos en los días del cólera en Tánger, dice lo siguiente:

«...En cambio, justo es decirlo, en medio de tanta incuria, una sola Corporación viene sin ruido y sin desplantes poniendo cuanto humanamente puede: la Misión católica. Me complace en decir, porque lo creo una obra de justicia, que en cuantos coléricos he visto, los primeros en acudir, los únicos en frecuentar sus visitas y prodigar sus consuelos han sido los Franciscanos españoles. Ellos cuidando el alma y el cuerpo, tras confesar á los enfermos, les han convencido de la necesidad y conveniencia de ir al Hospital, á lo que todos mostraban invencible repugnancia y á lo que no pocos deben la vida. Ellos, ellos solos, son los que constantemente vienen recorriendo los patios, preguntando, inquiriendo y animando á los que tienen que olvidar pronto á los muertos para pensar en los vivos que les piden pan.

«A ellos se debe el ahora penoso servicio del cementerio, el depósito que se está construyendo, y las cajas en que han ido muchos pobres á la tierra.

«Siempre se ha distinguido la Misión en la práctica de las más bellas de las virtudes humanas, y en esta ocasión ha dado una nueva prueba de la nobleza de sus sentimientos, acudiendo á todas horas al socorro de los desvalidos, en cumplimiento de sus deberes religiosos y de la caridad que constantemente unen á las prácticas de su sagrado ministerio.»

**Estados Unidos.**—En San Ignacio, Michigan, se celebró el día 7 de Agosto una esplendorosa fiesta en honor del P. Marquette, misionero jesuita y descubridor del Missisipi. Toda la población y miles de otras personas de los alrededores, se unió para pagar su tributo de admiración á la memoria de aquel hijo de San Ignacio. Católicos, protestantes, judíos, agnósticos, formaban la multitud entusiasta que aplaudía las varias piezas del programa de los festejos. El Gobernador del Estado fué uno de los panegiristas del P. Marquette. Por la tarde hubo gran parada, á cuyo frente iban cien indios vestidos al estilo de sus antepasados. Se acordó levantar un magnífico monumento sobre el lugar donde descansan los restos mortales del humilde Religioso.

**Canadá.**—Se ha fundado una nueva Orden religiosa, llamada de los Misioneros Agrícolas. Estos unen la enseñanza de la fe católica á la práctica de la labranza, y fundan y organizan Círculos de labradores. Los Obispos canadienses protegen la nueva Institución, llamada á producir los mejores resultados.

¡A ver, ya que los protestantes cosechan una miseria, y menos aun que miseria, en los campos de la moral, si acaso quieren imitar á los misioneros del Canadá! No lo creemos. La razón es obvia: vendiendo y regalando Biblias se gana más que sembrando trigo, y labrando tierras, y promoviendo junto con la fe y las buenas costumbres el adelanto y bienestar material. Aquella es la misión de los misioneros protestantes; ésta la de los curas y frailes y jesuitas.

**Noticias varias.**—El pastor protestante Mac Jemen, de Copenhague, se ha convertido al Catolicismo. Ha celebrado varias conferencias públicas, hallándose entre sus contradictores doctores de teología protestante y librepensadores. Los ha refutado entre los aplausos de la juventud y de los asistentes. ¡Curioso! ¡Se corviantan al Catolicismo los protestantes serios é instruidos; y los títeres que por aquí mueven ciertas agencias pretenden pervertirnos á los locuras del Protestantismo!

—Se va á fundar en Constantinopla una Universidad católica para los griegos unidos, y se encargarán las cátedras á monjes Benedictinos de diferentes monasterios de Alemania.

—Al fin, según ciertos informes, el Gobierno del Celeste Imperio se decide á reprimir con mano fuerte la persecución contra

las Misiones católicas: sea el esfuerzo de las potencias occidentales, sea que un sentimiento de justicia y humanidad se haya abierto paso en el corazón del Emperador, lo cierto es que han caído de sus altos puestos muchas autoridades cómplices ó encubridoras de los crímenes; 24 jefes han perdido la vida al rigor de la ley; otros 17 han sufrido el ignominioso castigo de la canga ó han sido enviados al destierro, y seis prefectos se han visto obligados á presentar sus dimisiones.

—Ha fallecido el P. D. Miguel Unia, salesiano, llamado el Apóstol de los leprosos en Colombia, émulo del célebre P. Damián de las islas Sandwich. Hallábase en Turín, descansando de sus heroicos trabajos y procurando reponer su salud para regresar al Nuevo Mundo. No contaba más que cuarenta y seis años.

## ALBUM MALGACHE

### LOS GADRALAVAS

POR EL R. P. CAMBOUÉ, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Este relato del P. Camboué nos da noticia de una de las numerosas tareas á que los Padres Jesuitas se dedican en Madagascar, siguiendo la enseñanza del Salvador, que recomienda como una de las obras más meritorias el visitar á los presos.

VAYAMOS á visitar juntos, si os place, á los presos malgaches, á los gadralavas, como les llaman aquí.

Al pié de la colina que se levanta al Oriente, frente de la «ciudad de los mil guerreros», *Antananarivo*, observad un edificio sin ventanas y con un mal techo de bálago, rodeado por un alto muro de tierra roja obscura. Allí encontraremos mezclados á los gadralavas de toda edad y sexo.

¿Oís ese ruido de hierros? Lo producen las *gadras* (cadenas), ó, por eufemismo, las *vakanas* (perlas) de los habitantes del lugar. Así que los jueces de lo criminal han pronunciado la sentencia, el reo malgache, hombre ó mujer, es conducido al taller del *mpanefy*, herrero oficial encargado de *herrarle*. Pónenle al desventurado un enorme collar de hierro, del que cuelga por delante una barra del mismo metal hasta la mitad del cuerpo. Aquí otras dos barras, también de hierro, se unen á la primera, y van á juntarse á dos gruesos aros puestos sobre las tobillos. (V. el grabado de la pág. 9). Los *andrianas* ó nobles gozan sin embargo del privilegio de poder reemplazar los hierros por cuerdas dispuestas del mismo modo.

Terminada la tarea del *mpanefy*, el gadralava se dirige á ocupar su lugar en la prisión. Entremos en ella: carece de celdas; á cada uno le toca, en el suelo húmedo y desnudo, una superficie de cosa de metro y medio cuadrado: los más afortunados cierran sencillamente su lote, y algunos llegan á formar como una especie de cabaña. Allí en medio de gusanos, en la acre atmósfera de emanaciones malsanas ó del espeso humo de las hierbas del hogar, bajo las goteras del techo de bálago poco seguro, el penado toma algún alimento y descanso después del trabajo del día. Por la mañana, en efecto, la puerta de la prisión se abre, y sus infelices moradores son conducidos medio desnudos, y agobiados con sus pesadas cadenas, al trabajo forzado.

Cuando al anochecer el gadralava vuelve á su encierro, tiene que prepararse la comida. La Autoridad no atiende á la subsistencia, ni al vestido, ni al aloja-



miento, ni á la asistencia en caso de enfermedad. Los parientes y amigos tienen, es cierto, el derecho de acercarse al preso y cuidarle, y hay madres, esposas, hermanas é hijas que comparten de este modo años enteros la triste suerte del gadralava. Pero ¡desdichado de aquel á quien los suyos abandonan! Verdaderamente puede aplicársele el *Væ soli!* Nadie hay que le proporcione ó prepare el alimento; nadie para darle las cosas más indispensables, sobre todo en la enfermedad. Después viene la muerte, la muerte horrorosa y lenta de abandono, miseria é inanición, sobre la tierra húmeda de su yacija. Solamente entonces, antes de arrojar el cuerpo en la fosa abierta allí cerca á toda prisa, le quitan los hierros, cortándole á veces la cabeza y los pies para acabar más pronto.

Sigamos al Padre y al Hermano coadjutor de la Misión católica, quienes, con un catequista indígena, pueden de vez en cuando llevar á aquellos infelices algún socorro para el cuerpo y el alma. Ved el contento y satisfacción que se retrata en los rostros cuando aparece el misionero, que da arroz y vestido á los más desgraciados, cuida á los enfermos, y distribuye algunos regalitos á todos. Luego los reúne en una modesta chochilla que ha adornado con imágenes piadosas. Entran en ella los penados, y siéntanse en las esteras extendidas en el suelo. Enséñales las verdades esenciales de nuestra fe y las principales oraciones del cristiano. Luego el excelente coadjutor, H. Benjamín, tocas sus instrumentos músicos, y los penados cantan. En sus oraciones y cánticos expresan que les ha nacido un Libertador, que este Salvador, que es un Dios lleno de misericordia, murió por ellos en una cruz entre dos ladrones, asegurando el paraíso á uno de ellos; y le suplican les dé la salvación eterna.

Y Jesús oye sus preces. Viene á ellos en la hora en que la justicia humana pierde sus derechos, y corriendo el agua del bautismo y el óleo santo sobre su frente lívida; su alma regenerada abandona la prisión del cuerpo y sus cadenas, y vuela al paraíso, donde intercederá por aquellos que con sus oraciones, sacrificios y limosnas les ayudaron á trocar sus hierros por la libertad eternamente feliz de los escogidos.

## VARIEDADES

### PUENTE Y CASTILLO DE SANT-ANGELO

ESTE puente, dicho antiguamente Elia, del emperador Elio Adriano, que lo construyó para dar paso por sobre el río Tiber á su masuoleo, llamóse también de San Pedro, porque conduce á la célebre Basílica. Tiene cinco arcos y mide cien metros de longitud, con la correspondiente anchura. Su elegante balaustrada de travertino, con verjas de hierro, y sus estatuas colosales de mármol, dos representando á San Pedro y San Pablo, obras de Lorenzetto y de Paulo Romano respectivamente; las otros diez figurando Angeles con los atributos de la Pasión, esculpidos por discípulos del Bernini, hacen de este puente el más hermoso de la ciudad. Era antiguamente esplendísimo: cubríale bóveda de bronce, sostenida por cuarenta y

dos columnas y coronada por otras tantas estatuas marmóreas.

Frente al puente álzase majestuoso el Castillo de Sant-Angelo, coronado por la estatua de bronce del arcángel San Miguel, de quien recibe el nombre que en la actualidad tiene. Llamóse antiguamente *Moles Adriani* por sus gigantescas proporciones y por su fundador Adriano, que, emulando á los Faraones de las pirámides, lo edificó para sepulcro suyo. Sobre inmenso estilobato álzase aquella gran rotonda de sesenta y cuatro metros de diámetro; revestida antiguamente de mármol, coronada por la estatua colosal del fundador, cuya cabeza se halla en una de las salas del Museo Vaticano, ó según otros por la magnífica piña de bronce que embellece los jardines del mismo palacio Apostólico, y adornado con pórticos, columnas y estatuas, entre ellas el celebrado Fauno de Barberini; pavimento de mosaicos y rampa de caracol, anchísima y suave, hasta la cumbre, que hacían de aquella fábrica uno de los monumentos más grandiosos de la Roma de los Césares. La urna que guardó las cenizas del Emperador sirve de pila bautismal en la Basílica de San Pedro. Convertida la Mole de Adriano en fortaleza por Teodorico, fundador del reino ostrogodo en los últimos años del siglo V, llámase castillo de Sant-Angelo desde el pontificado de San Gregorio el Grande. La razón de esto es, que afligía á Roma una peste cruel, y el santo Pontífice dirigiase, acompañado de todo el pueblo, desde Santa María la Mayor á la Basílica de San Pedro, en devota rogativa, para implorar las misericordias del Altísimo. Al llegar el piadoso concurso á la Mole de Adriano apareció en la cumbre el arcángel San Miguel en actitud de envainar la espada, significando así la cesación del terrible azote. Allí se refugió el gran pontífice San Gregorio VII de las hordas de Enrique IV de Alemania, y desde allí cometían toda clase de excesos y tenían aterrados á los habitantes de la ciudad los tiranos que la oprimían, los Marozias, los Albericos, Guidos, etc. Fué también cárcel, y hoy es ciudadela y cuartel.

### LA CHINA POR DENTRO.—EL TÉ

Hablar de la China sin hablar del té no es posible, desde el momento que el té es en aquel misterioso país más que una bebida, casi una institución, una creencia, una parte de la vida nacional, por cuanto constituye también una no escasa parte de su riqueza.

El día 5 de Abril, llamado *Chim Ming*, es un día de gran fiesta en casi toda la China, porque es el que señalan los calendarios como el más favorable para la primera recolección del té. En ese día los pueblos quedan deshabitados, y una inmensa muchedumbre se esparce por los campos con su cestito al cuello y sus manos ligeras y prácticas, preparadas para separar las hojas codiciadas del árbol «*Thea incensis*,» pariente cercano de la hermosa camelia.

Hasta que los ingleses lograron aumentar el cultivo del té en su provincia de Assam, en la India, única comarca del globo, después de la China y el Japón, que ha logrado eficazmente este cultivo, todas las operaciones relativas á la recolección y preparación del té estaban envueltas, como todo lo chino, en el misterio.



Quién decía que sólo las vírgenes se dedicaban á esta delicada operación, quién aseguraba que los monos educados por los chinos se dedicaban á esta faena, no siendo cierto nada de esto, pues si la mujer fuera necesaria para esa industria, la avaricia china no la sacrificaría como lo hace; ni por otra parte existen monos en el Celeste Imperio, en las provincias de Kiang-Nan y de Clie-Kiang, que son las que principalmente abarcan esta riquísima industria.

El árbol de té, que podría crecer mucho si no fuera por las constantes podas que se le hacen, no pasa nunca de un metro y medio á dos metros. A los tres años empieza á producir, y á los diez se le corta para que brote otro nuevo, cuyas hojas son más apreciadas por ser más finas y de más suave aroma. Su tronco se divide en multitud de finas ramas, y sus hojas ovaladas y dentadas hacia la punta, tienen de dos á tres pulgadas de largo por una de ancho; sus flores se parecen tanto á la camelia que es fácil equivocarse; su fruto es una avellana que encierra una especie de aceite que se emplea en la China para varios usos, no para sus guisos, aunque éstos no sean muy escrupulosos, pues es de sabor amargo y malsano. Los terrenos más propicios para este cultivo parecen ser los elevados y húmedos, sin ser fangosos, y libres de piedras, aunque la arena no lo perjudique.

Se ha creído, y aun se cree por muchos, que las dos clases de té conocidas, el té negro y el verde, son debidas á dos plantas ó arbustos distintos. No es cierto; no hay más que un árbol de té ó *thea*, como lo llaman los chinos, el que hemos descrito y que se conoce con el nombre de *Thea incensis*. La distinta manipulación que sufren sus hojas es la que produce las dos clases de té.

Una vez terminada la faena de la recolección, obra delicada y minuciosa, pues es preciso arrancar las hojas una á una, dejando un pedazo pequeño de pedículo á fin de que puedan brotar otras nuevas, pasan las hojas al sol sobre bastidores de caña, antes de sufrir la operación ó desecación de las hojas. Para esto se preparan grandes vasijas de hierro colado, que se caldean sobre un horno, llegando á enrojecerse con el fuego hasta el rojo-cereza incipiente. En este momento los chinos tostadores, verdaderos mártires de la industria, con sus bocas tapadas con una servilleta, arrojan á la caldera en puñados de á dos libras las hojas que otros les entregan.

El mecanismo de la operación consiste en revolver continuamente estas hojas de modo que no se peguen á las paredes candentes de la vasija; para lo que se necesita una habilidad inconcebible si las manos han de librarse de horribles quemaduras, aunque desde luego no se escapan de la destrucción de los tejidos que causa un líquido viscoso y corrosivo, que con el calor sudan las hojas. Y, sin embargo, una vez empezada la operación es indispensable seguir sin descanso tan horrible tarea, en medio de las sofocadoras emanaciones de un calor insoportable. La casi totalidad de los que saborean la agradable infusión de aquellas hojas, ignoran á precio de cuánto sufrimiento se ha adquirido placer tan pasajero.

De la torrefacción pasan las hojas á nuevos bastido-

res para enfriarse; después una por una se desdoblan ó desarrollan, pues el calor las contrajo, y pasan nuevamente á ser arrolladas y desarrolladas varias veces, por medio del movimiento rápido de las manos, pegadas las palmas una á otra. Pasan nuevamente á una segunda torrefacción más ligera que la primera, á la que siguen iguales manipulaciones de arrollar las hojas, hasta que llega la selección de ellas, según las clases de té y calidad de las hojas, que según sean, vuelven á sufrir nuevo arrollado, y por último se encierran en cajas para el transporte.

La clasificación es la siguiente: Los renuevos y las hojas más tiernas componen el *pe-Koi*, el más sano y delicado de todos, pues se altera prontamente; la segunda calidad da el *ponckong*, el *sauchis* y el bahea ó *vón-é*, que es el más estimado por los chinos, por ser sus hojas las mayores y más maduras, bautizándolo con el nombre de *tathea* ó sea «el gran té.» Estos nombres tienen siempre la significación de la calidad ó de alguna de las operaciones que sufre la planta.

Esta es la manipulación para obtener el té negro, que es el preferido por los chinos y por la mayor parte de los europeos. La preocupación de éstos, combinando el color y los efectos, no siempre buenos, del té verde, lo atribuían al empleo de vasijas de cobre y al óxido venenoso y verdoso que podía absorber el té al secarse. Nada más erróneo. Las mismas vasijas de hierro sirven para la obtención del té verde, con la diferencia de estar menos enrojecidas, ser la desecación más lenta, el amasamiento y arrollado de las hojas más intenso y prolongado; ejecutándolo con los pies, con mayores precauciones que para el té negro, y dejando entre las torrefacciones sucesivas intervalos de seis meses, cuando menos. En cuanto al color, se obtiene pronto por medio de un polvo compuesto de sulfato de cal y añil pulverizado; éste da el color, y el sulfato lo fija, y así se obtienen los tés verdes, clasificados en *hi-son*, el *songalo*, el *té imperial*, el *sivan-Kay* y el *té perla*, que los ingleses, amigos del té verde, llaman «pólvora de cañón.»

He aquí, trazado á la ligera, el procedimiento para obtener la bebida digestiva de los europeos y la bebida nacional, pues casi no beben otra cosa de los actuales enemigos de los civilizados japoneses, que, á su vez, por procedimientos casi idénticos, obtienen el mismo producto que usan casi tanto como los chinos, pero con gusto más refinado.

## SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Lucio González y sus hijos, de Cocentaina. . . . .	121'25 ptas.
Raimundo de Lujando, canónigo, de Calahorra. . . . .	6 »
José María Arrarás, de Pamplona. . . . .	11 »
F. H., de Cádiz. . . . .	10 »
Vicente Sanz Bremón, de Valencia. . . . .	4'25 »
José Navarro Salinas, de San Ildefonso. . . . .	2'50 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.